

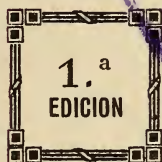
2459

ANTONIO PASO



# ¡¡CONTENTE, CLEMENTE!!

JUGUETE COMICO EN TRES ACTOS  
ORIGINAL Y EN PROSA



*Copyright by Antonio Paso.—1930*

MADRID  
Sociedad de Autores Españoles  
Calle del Prado, 24  
1930

15



**"ii CONTENTE, CLEMENTE !!"**

---

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados, exclusivamente, de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

---

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

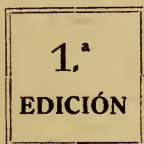
---

# “¡¡CONTENTE, CLEMENTE!!”

JUGUETE CÓMICO EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

ANTONIO PASO



300 EJEMPLARES

*Estrenado en Madrid, en el Teatro de la Comedia  
el Viernes 28 de Marzo de 1930.*

---

ALCALÁ DE HENARES  
IMPRESA DE LA ESCUELA DE REFORMA  
1930



A CASIMIRO ORTAS

*Buen artista, buen Director y buen amigo,*

*Antonio Paso.*





# REPARTO

---

## PERSONAJES

## ACTORES

SINDULFA . . . . .	Consuelo Hidalgo.
TORMENTO . . . . .	María Mayor.
CATALINA . . . . .	Teresa Zori.
AGATONICA . . . . .	Pura F. Villegas.
HIGINIA . . . . .	María López Martínez.
OROSIA . . . . .	Luisa Noriega.
OTILIA . . . . .	Carmen Rico.
OLIMPIA . . . . .	Julia Galán.
CLEMENTE . . . . .	Casimiro Ortas.
TRANQUILINO . . . . .	Pedro Zorrilla.
VITERINDO . . . . .	Mariano Azaña.
FROMENCIO . . . . .	Eduardo Pedrote.
POTAMIO . . . . .	Antonio Riquelme.
CLODULFO . . . . .	Antonio Rodríguez.
EL SEÑOR GORDO . . . . .	Andrés Tobías.
CHINDASVINTO . . . . .	Fernando del Valle.
NEPOMUCENO . . . . .	Fernando del Valle.
UN GUARDIA } . . . . .	Manuel Gutiérrez.
UN CHOFER } . . . . .	
UN CHICO . . . . .	Niño González.

EPOCA ACTUAL





## ACTO PRIMERO

---

*Interior de una botica situada en los barrios extremos de Madrid. Al fondo, escaparate con su correspondiente bola de color y puerta de entrada que da a la calle. A la derecha, mostrador, y detrás de él puerta que comunica con las habitaciones interiores. Anaqueleros con tarros blancos en ambas laterales. A la izquierda una báscula para pesar personas como las que existen en las farmacias. En el centro de la escena mesita de mármol con prospectos anunciadores de específicos. Sillas repartidas convenientemente.*

---

*(Al levantarse el telón se supone que es por la mañana: SINDULFA, joven y bonita detrás del mostrador despachando a CATALINA, criada, también joven y madrileña, y a doña AGATONICA, vieja impertinente.)*

- Sindul. ¿Y qué es lo que tiene tu señorita?  
Catali. Pues aparte de dos amigos y un protector, un dolor de cabeza que la mete entre dos almohadas y como si la metiera en un carrusel.
- Sindul. Eso es nervioso.  
Catali. Eso es de las tajás que coge por las noches en el Cabaret. ¡Cómo tiene que alternar!
- Sindul. ¿Con quién?

- Catali. Con los que se sacuden los billetes.  
Sindul. ¿Y la obligan a beber?  
Catali. ¡Figúrese usted!: allá, un *güizque*; aquí, un *controte*; más allá, un *coñaque*...  
Agató. (*Persignándose.*) ¡Qué barbaridad!  
Catali. Y la mayoría de las noches, *Moret-Chinchón* a todo pasto.  
Agató. ¿Y por qué la obligan a beber esas porquerías?  
Catali. Señora, el *Moret-Chinchón* es un champagne parecido al Sidral.  
Agató. (*Volviendo a persignarse.*) ¡Qué vida! ¡Qué vida!  
Catali. No pué usté figurársela. Hay noches que viene con una toquilla, que trae el gabán de pieles al brazo.  
Agató. ¿Con una toquilla?  
Catali. Toquilla quié decir, mordaga, tablón, cordera, pítima...  
Sindul. Borrachera, doña Agatónica.  
Catali. (*Al oír el nombre.*) No se crea usted que también su nombre se presta... ¡He cogido una Agatónica!  
Agató. ¡Habrás visto la deslenguada!  
Sindul. Bueno, bueno, dala estos sellos y que tome uno cada media hora.  
Catali. ¿Y esto será bueno pa la pelota?  
Sindul. El último grito anticefalálgico.  
Catali. A mí no me venga usted con camelos. (*Leyendo.*) "An-ti-ce-fa-lál-gi-co Cabezonal"  
¿Y esto qué es?  
Sindul. Cinco pesetas.  
Catali. ¡Mi madre, qué caro está el yeso! Bueno; y de la otra receta, ¿qué?  
Sindul. ¿Cuál?  
Catali. Ésas inyecciones pa mi cuñao que tiene el mal de San Vito.  
Sindul. Vuelve luego cuando salga mi padre, que yo no entiendo de eso.  
Catali. ¿Volver cuando esté su padre? ¿Pa qué? Pa que nos tiremos los trastos a la cabeza.  
Agató. ¡Ya, ya! Mira que tiene mal genio el tal don Clemente.  
Catali. Como que yo he entrao a comprar porque

he visto por el escaparate que no estaba él, sino, de *nén*.

**Agató.** Como yo: porque si lo veo, de *nén* como aquí la joven.

**Sindul.** Tienen ustedes razón: Mi padre es de un carácter tan violento que no hay quien le resista; únicamente yo, porque al fin y al cabo soy su hija; pero aquí no ha podido parar ningún mancebo.

**Agató.** Lo creo. Por menos de nada se exalta y empieza a soltar exabruptos.

**Catali.** Y patás y mordiscos. Es una fiera.

**Sindul.** Y a mi pobre novio, ¿cómo le trata?

**Catali.** Malísimamente. La otra tarde pasaba yo por aquí y lo estaba echando como a un perro.

**Sindul.** ¡Pobre Viterindo! Dice que no es partido para mí el hijo de un fondista.

**Agató.** ¡Ah, ya! ¿Es el hijo del dueño de la casa de huéspedes de la esquina?

**Sindul.** Sí señora, de esa que se titula "La Unica" especialidad en cocidos para enfermos.

**Agató.** Pues no comprendo esa oposición, porque el chico es muy simpático.

**Sindul.** ¿Verdad que sí?

**Catali.** Bueno, me voy... ¡Ah, se me olvidaba. ¿quié usted pesarme?, porque entre el charran de mi novio y las tajás de la señorita me estóy quedando que voy a tener que salir a la calle con piedras en el bolsillo.

**Sindul.** (*Saliendo del mostrador y acercándose a la báscula.*) Vamos a ver.

**Catali.** (*Subiéndose.*) ¿Es una gorda, verdad?

**Sindul.** Sí, échala. (*Simula que lo hace y que la pesa.*) Cuarenta y cinco novecientos.

**Catali.** ¿Lo ve usted? Ya he perdido cien gramos. Tos los días pierdo algo. Hasta luego. (*Haciendo mutis.*)

**Sindul.** Catalina, que pierdes la medicina.

**Catali.** Es verdad. Ya lo decía yo. (*Coge la medicina que le da SINDULFA.*) Bueno, luego volveré por la de mi cuñao.

**Sindul.** Anda con Dios. (*CATALINA se marcha por el foro.*)

- Sindul. ¿Y usted qué quería, doña Agatónica?  
Agató. El ungüento de siempre para mis callos, porque es que no puedo dar un paso.
- Sindul. ¿Y la va bien con él?  
Agató. No lo creas: si tu padre supiese de otra cosa más eficaz.
- Sindul. Vuelva usted luego. Ahora está muy atareado haciendo unas píldoras.  
Agató. Volveré; y eso que ya sabes que con él no hay quien haga buenas migas, pero volveré para ver si me da algo para Narcisín, que me parece que le ha dado el moquillo
- Sindul. ¿Cuál?; ¿el lulú que le vendió a usted el cuñado de mi padre?  
Agató. El mismo: el pobrecito se me está quedando más desmejorado...
- Sindul. Seguramente mi padre sabrá algo para curarlo.  
Agató. Pues hasta luego, hija  
Sindul. Vaya usted con Dios, doña Agatónica. *(Hace mutis por el foro.)* ¡Pobre señora! A la vejez, como no ha tenido hijos, ha puesto todo su cariño en el perro. ¡Y bicho más feo no lo he visto en mi vida! *(Por la puerta del foro asoma VITERINDO y desde ella llama en voz baja.)*
- Viter. ¡Mi vida!  
Sindul. ¡Viter!  
Viter. ¿Estás sola?  
Sindul. Aquí sí, pero mi padre está ahí dentro.  
Viter. ¡Rebotica!  
Sindul. Pero pasa sin miedo; está muy atareado haciendo unas píldoras.
- Viter. *(Avanzando.)* Y desgraciadas de ellas como no le salgan, las convierte en comprimidos.
- Sindul. ¿Por qué dices eso?  
Viter. Porque tiene un genio que si nace perro de lana no hay quien lo esquile.
- Sindul. Y conociéndolo como lo conoces, ¿cómo te has atrevido a venir?  
Viter. Por ti, cielo rosado de la mañana; por ti, que no puedo estar cinco minutos sin ver-

te, sin mirarme en el lago azul de tus ojos, sin estrechar el lirio de tu mano; sin...

Sindul.

Sin acercarte tanto.

Viter.

Si es que te veo, y me mareo.

Sindul.

(*Cariñosa.*) Cállate, feo.

Viter.

¡Sindulfa de mi corazón! O tu padre consiente en nuestra unión o aquí hay una tragedia.

Sindul.

No te hagas ilusiones, mi padre no consiente.

Viter.

Pero, ¿por qué? ¿Es que yo no soy partido?

Sindul.

Si sale mi padre, en varios trozos.

Viter.

Eso es lo que os pierde a todos, el miedo que le tenéis.

Sindul.

Mi padre...

Viter.

¡Mi madre!... (*Sale corriendo.*)

Sindul.

Digo que mi padre tendrá su genio, pero en lo tuyo no anda muy descaminado.

Viter.

¿Qué dices?

Sindul.

Que llevas cinco años con el quinto de medicina y no acabas.

Viter.

No acabo, porque no tengo ánimos para estudiar y los estudiantes de Medicina necesitamos tranquilidad para darnos cuenta de cómo se da la puntilla.

Sindul.

¿Qué dices?

Viter.

Que a ver si te crees tú que voy a terminar la carrera como tu padre, que se ha licenciado en Farmacia como podía haberse licenciado en presidio.

Sindul.

¡Oye, tú!...

Viter.

En este momento estoy hablando del farmacéutico, no de tu consanguíneo.

Sindul.

¡Ah, ya!

Viter.

Y sobre todo, ¿qué? ¿Que le parece poco una carrera?

Sindul.

Poco debe parecerle, porque acuérdate de ayer.

Viter.

Es verdad, me dió una calle abajo tirándome pastillas de goma, que luego todo el que pasaba por la acera se quedaba pegado.

Sindul.

Que es así.

- Viter. Y últimamente, si le parece poco una carrera, ahí tiene la casa de huéspedes de mi padre, que el día que diga hasta luego, será para mí.
- Sindul. Sí, pero es que tu padre no dice hasta luego ni para despedirse. Además, no tiene más huéspedes que un canónigo y un transformista.
- Viter. Pues ese transformista va a ser nuestra salvación, porque se me ha ocurrido un truco para venir a verte sin que se entere tu padre, que es el alcaloide del teatro Americano.
- Sindul. Viter, que tú eres capaz de hacer una tontería.
- Viter. Yo, lo que soy capaz, por tu cariño, es de acabar con el autor de tus días. *(Por la puerta de detrás del mostrador sale CLEMENTE, de unos 45 años, cara de mal genio: machaca en el mortero.)*
- Clemen. *(Que ha oído las últimas palabras.)* No seas primo.
- Sindul. ¡Padre!
- Viter. ¡La fiera!
- Clemen. Conmigo no acabas tú, ni toda la Facultad de Medicina.
- Sindul. ¡Padre!
- Viter. ¡Don Clemente!
- Clemen. ¡Pero, maldita sea mi corazón!... ¿Cuántas veces voy a decirte que ésta, para tí, como si la hubieran hecho un elegante mausoleo?
- Viter. Pues que nos entierren juntos.
- Clemen. *(Cada vez más furioso.)* ¡Maldita sea la cafiaspirina! ¡Te daba así! *(Amenazándole con la mano del mortero.)*
- Viter. ¡Eh! A mí no me levante usted la mano.
- Clemen. Yo te levanto la mano y te machaco los sesos en este mortero.
- Sindul. ¡Por Dios, padre!
- Clemen. Y tú, que eres más idiota que éste...
- Viter. ¡Anda; también hay para tí!...
- Clemen. Claro que hay; ¿a quién se le ocurre tratar a la parroquia con esa dulzura?
- Sindul. Tenga usted en cuenta que persona que



- Clemen. usted despacha, persona que no vuelve.  
Mejor Cuando no venga gente me tomo todas las existencias de la farmacia.
- Viter. (*Aparte.*) ¡Ojalá!
- Clemen. ¡Maldito sea el oxicianuro! Como te vuelva a ver por aquí te doy un puntapié que sales por los cristales.
- Viter. ¿A mí un puntapié? Quisiera verlo.
- Clemen. Donde te lo pienso dar, no te va a ser posible.
- Sindul. ¡Jesús, Jesús!
- Clemen. ¿Pero qué porvenir te espera con ese chucho sentao?
- Viter. ¿Yo chucho?
- Sindul. (*Sollozando.*) ¡Y sentao!
- Viter. ¡Ea! ¡Ya no aguanto más! Oiga usted, don Pildorilla.
- Clemen. ¡Ay tu padre, el fondista!... (*Le da un puntapié.*)
- Sindul. Padre, por todos los santos.
- Clemen. ¿Pero qué os habéis creído? ¿Que os vais a burlar de mí? Ahora mismo acabáis vuestras relaciones o las acabo yo.
- Viter. (*Suplicante.*) Pero si yo la quiero.
- Sindul. (*Idem.*) Pero si él me quiere.
- Clemen. Con el cariño no se come.
- Viter. Pero es que mi padre tiene una fonda.
- Clemen. Que se come mucho menos.
- Sindul. "La Unica"
- Clemen. La única pa matar de hambre a la gente.
- Sindul. Pues ahora tiene dos huéspedes.
- Clemen. Serán los que han mandao por carne líquida.
- Viter. ¿Qué dice usted?
- Clemen. Lo que dice tó el barrio; que Papús se entrenó en casa de tu padre.
- Viter. Está bien; me voy (*Decidido.*) Pero que le conste que ésta será mía y yo seré de ésta, y el día menos pensado se unirán en santo lazo Sindulfa y Viterindo y usted será el padrino.
- Clemen. ¿Yo el padrino de unos reyes godos? Sal, sal, o te doy con el mortero en el coco.

- Viter. Que no se le olvide, el padrino. (*Sale corriendo por el foro.*)
- Clemen. (*Excitado.*) Como le vuelva a ver por aquí me va a faltar árnica.
- Sindul. Pero padre, si es que tiene usted un genio...
- Clemen. ¿Yo genio? ¿Tú también crees como los demás que tengo mal genio? ¡Yo soy una malva! Todo el día aguantando a los imbéciles de los parroquianos, deletreando las idioteces de los médicos en las recetas, machacando píldoras, haciendo papelillos... ¿Y dices que tengo mal genio? Lo que me pasa es que no tengo carácter; que no sé dar una mala contestación. (*Por el foro entra doña AGATÓNICA.*)
- Agató. A propósito, ¿qué tiene usted para los callos?
- Clemen. ¡¡Morcilla!!
- Agató. ¿Y eso es bueno?
- Clemen. Es lo que da más substancia.
- Agató. ¿Y pa las muelas?
- Clemen. Pa las muelas tengo un calmante, que es éste. (*Se dirige a ella con la mano del mortero.*)
- Agató. (*Huyendo.*) ¡Socorro! ¡Es una fiera!
- Sindul. (*Sujetándole.*) ¡Padre, por la Virgen! Usted perdone, doña Agatónica, es que acaba de tener un disgustillo con mi novio.
- Agató. ¿Con Viter?
- Clemen. Con Viter, que me ha dado el vermouth.
- Agató. Pero eso no es para contestar así a la parroquia.
- Clemen. Yo contesto como me sale del mortero. Además, ¿qué parroquia es usted que no viene más que a comprar un real de un güento para los callos?
- Agató. Cada una compra lo que necesita.
- Clemen. Pues entoces podía usted comprar una jaula, ¡so loro!
- Agató. ¿Yo loro?
- Clemen. Usted. Y no le pido la pata porque tiene callos. (*Por el foro vuelve a entrar CATALINA.*)
- Catalí. (*Entrando.*) Aquí estoy yo.
- Clemen. ¡La que faltaba!

- Catalí. (*Aparte.*) ¡Anda leñe, el tigre!
- Clemen. (*Muy despóticamente.*) ¿Y qué es lo que quieres tú, vamos a ver?
- Catalí. ¡Ay, Jesús! ¿Dónde entierra usted?
- Clemen. Pa enterrarte a ti hay que esperar a carnaval, porque eres una sardina.
- Sindul. ¡Pero padre!
- Catalí. Bueno, yo he venido por un encargo y no a jugarme la vida.
- Clemen. ¿Y qué es lo que quieres?
- Catalí. Algo que alivie a mi cuñao.
- Clemen. ¿Qué tiene?
- Catalí. El baile de San Vito.
- Clemen. ¿El baile? Toma. (*Le da una caja.*)
- Catalí. ¿Qué es esto?
- Clemen. Inyecciones antifoxtroísticas del Doctor Meneo.
- Catalí. ¿Y esto resulta?
- Clemen. A la segunda inyección se queda más parao que un reloj de cuatro pesetas.
- Catalí. Pues voy a que se las pongan cuanto antes.
- Clemen. Oye tú, que se te olvida el importe.
- Catalí. ¿A ver si me voy a ir de este mundo con una caja!
- Clemen. Con una caja se va tó el mundo.
- Catalí. ¡Qué desconfianza! ¿Cuánto es?
- Clemen. Siete pesetas.
- Catalí. Ahí van dos duros.
- Clemen. (*Cambiando en el cajón.*) Ahí van: siete y dos que sobran.
- Catalí. ¿Cómo dos?
- Clemen. Sí, dos: tú y doña Papagayo. Conque toma la vuelta y ahueca el ala.
- Agató. Claro que la ahueco; no crea usted que es de mi agrado estar en esta casa.
- Clemen. Pues por eso; fuera, fuera.
- Catalí. (*Haciendo mutis.*) ¡Fiera!
- Agató. (*Idem.*) ¡Ogro!
- Clemen. ¿Yo ogro? ¡Maldita sea el bicarbonato!
- Sindul. Vamos, tenga usted un poco de calma.
- Clemen. ¿Calma? ¿Tú crees que se puede tener calma con personas que tienen ese carácter?
- Sindul. ¿Qué carácter?

- Clemen. El de ellas que no saben más que insultar.  
Sindul. ¡Pero si ha sido usted!  
Clemen. ¿Yo?  
Sindul. Usted, que ha puesto verde a las dos.  
Clemen. ¡Ah, de modo que según tú yo soy el que tengo la culpa? ¿Y tú eres mi hija? Mira, cállate, cállate y no me contestes. (*Más rabioso.*) Que no me contestes.  
Sindul. Pero si no digo nada.  
Clemen. ¿Cómo que no, y acabas de hablar?  
Sindul. Está visto que no cambiará usted de genio en su vida.  
Clemen. Eso, protesta encima. ¡Maldita sea esta receta! (*Leyendo.*)  
De licor amoniacal: medio litro  
De agua de azahar: un litro  
De ídem. de melisa: dos litros  
De ídem. destilada: tres litros  
Para tomar una gota cada tres mañanas

(*Por el foro entran TRANQUILINO y TORMENTO. Él es un hombre de una gran cachaza, vendedor de perros; trae uno pequeño en brazos y otro más grande atado de una cuerda. Ella es de las que venden por la noche en la puerta del Sol tabaco y cerillas, y saca el cajoncito correspondiente.*)

- Tranq. ¡Salú y foxterrieres!  
Tormen. Buenas y monopólicas.  
Clemen. ¡Estos faltaban!  
Sindul. Hola, Tranquilino; ¿qué hay, Tormento?  
Clemen. Y tan tormento; ¿qué?, ¿qué es lo que os trae de malo por esta casa?  
Tranq. ¿Ya estás como siempre? De malo, ná.  
Clemen. Pues de bueno tampoco.  
Tranq. Hombre, aparte del gusto de saludarte, que sabes que siempre lo tenemos, a ver si tiés por ahí un poco de ropa vieja, porque hay que ver cómo está la vida! ¡Tú no sabes lo que cuesta la ropa!  
Clemen. El que no lo sabes eres tú, que en tu vida te has compraó una camisa; tó lo que llevas es mío.

- Tormen. Si pa un pingo que le das se lo vas a echar en cara...
- Tranq. No paece sino que nos has mantenío toa la vía.
- Clemeñ. ¿Ah, no?
- Tranq. En esta casa, desde que mi hermana Africa, tu mujer, se fué a la Argentina, no hemos vuelto a encontrar acobijo.
- Clemen. ¡Mira lo que dices, cuñadito!
- Tranq. La verdad; y no creas que me extraña: Ya me lo dijo la pobre: "Me voy, porque si sigo al lao de esta hiena enfermo del corazón".
- Tormen. ¡Pobre Africa!
- Tranq. La verdad, es que le dabas unos disgustos.
- Clemen. ¿Yo? ¿Disgustos yo? Mira, como sigas hablando te vas a tragar ese chucho que llevas en brazos.
- Tranq. Cuidadito, ¿eh? Este chucho es un chiguagua cruzao...
- Clemen. ¿Cruzao?
- Tranq. Cruzao en mi camino, me lo he encontrao esta mañana en la calle de San Roque, y le he puesto precio; menos de cien beatas no lo doy.
- Clemen. Pa bebértelas en vino, como siempre. Porque supongo que éste seguirá bebiendo?
- Tormen. No lo creas; ha dejao el vino.
- Tranq. Ahora tomo monóvar.
- Clemen. Pues antes te atizabas cada latigazo de tintorro.
- Tranq. ¿Y qué iba a hacer? Cada vez que vendía un perro chico me gastaba un perro gordo.
- Sindul. Vamos, que te gastabas más de lo que vendías.
- Clemen. Y ésta, ¿qué es lo que gana?
- Tormen. Pa ayudarle a éste, porque mala es la noche que no vendo cinco de cincuenta y dos o tres canarios.
- Clemen. ¿De manera que tú vendiendo canarios y éste perros?
- Sindul. ¡Qué vida!
- Tranq. Una vida de perros.

- Clemen. La que se merecen.
- Tranq. Tú hablas así porque como a ti no te falta de ná...
- Clemen. No me falta de ná porque desde los 25 años me agarré a los libros, y estudiando como una mula logré hacerme farmacéutico; porque eso soy yo pa el estudio, una mula, ¿te enteras?
- Tranq. Sí, ya sé que eres una mula.
- Clemen. Como me vuelvas a insultar acabo a palos con tu mercancía.
- Tranq. Pero si eres tú el que te lo dices todo.
- Clemen. A ver qué quieres, que fuera un vago como tú que vives a costa de esa, imbécil.
- Tormen. Oye, tú...
- Clemen. Que si no fuera por ella de qué ibas tú a fumar?
- Tranq. (*Aparte.*) Ya se ha enterao de que se los quito.
- Clemen. Y eso es lo que tú quieres, vivir de guagua.
- Tranq. Oye tú, que yo vendo perros.
- Clemen. Por eso vives de guagua.
- Tormen. Tú, lo que tienes son muchos pájaros en la cabeza.
- Clemen. Yo tendré pájaros, pero nunca venderé canarios.
- Tormen. Eso no es ninguna deshonra.
- Clemen. Pero es muy molesto. Toda la noche voceando en la Puerta del Sol. (*Imitando a las mujeres que venden.*) Tabaco, cerillas, que el estanco está cerrado.
- Tranq. Tú estás que muerdes desde que Africa está en América.
- Clemen. Eso lo dirás tú, pero el Mapa-mundi no lo dice.
- Tranq. A mí, la opinión del Mapa-mundi me trae sin cuidado, pero lo cierto es que si no llegamos a tener una tía en Rosario de Santa Fe con un ingenio que rieta tú de Pirandello a estas horas la has matao a fuerza de vejaciones, sofiones y empellones.
- Tormen. Como mataste a tu primera mujer, a la madre de ésa. (*Señalando a SINDULFA.*)

- Clemen. ¿Qué yo la maté? ¿No oyes esto, Sindulfa?  
Tranq. Me vas a negar que porque un día se negó a plancharte una camisa le diste una de cuello vuelto.
- Clemen. ¿Sabéis lo que os digo? Que basta ya de historias. Africa se fué porque quería dominarme, y en esta casa no manda nadie más que yo, y ya podía volver con todos los millones del mundo que, por esa puerta entraba y por ésa salía.
- Tranq. Como que no hay otra.  
Clemen. Y me sobra para echar por ella a los gorriones como vosotros.
- Tormen. ¿Nosotros gorriones?  
Clemen. ¡Y desaprensivos y frescos!  
Tranq. ¿Yo fresco?  
Clemen. Un traje de dril. Vas al polo y tienen que abrir una peletería las focas.
- Tormen. Oye, oye, que mi marido...  
Clemen. ¡¡Si se le acatarran todos los perros!!  
Tormen. *(A su marido.)* ¿Pero estás oyendo?  
Clemen. Y fuera de aquí, gentuza; fuera de aquí si no queréis que os eche con la escoba.
- Tranq. ¿Con la escoba a nosotros?  
Clemen. ¡Sí, con la escoba! ¡Maldita sea el cornezuelo de centeno! ¡No exaltarme; no exaltarme, porque tengo los nervios en este momento que soy capaz de una locura! ¡A mí me va a pasar algo muy gordo; muy gordo! *(Por el foro entra un señor excesivamente gordo.)*
- Gordo. *(Entrando.)* Muy buenas.  
Clemen. ¡Muy gordo!  
Gordo. ¿Eh?  
Clemen. *(Casi gritando.)* ¿Que qué desea?  
Gordo. No grite, que no soy sordo.  
Tranq. *(Aparte.)* A éste lo desinfla.  
Gordo. ¿Tiene usted aspirina?  
Clemen. *(Secamente)* Sí.  
Gordo. ¿Y salicilato?  
Clemen. *(Subiendo la voz.)* Sí.  
Gordo. ¿Y pastillas de goma?  
Tranq. *(Aparte.)* Le pega,  
Clemen. *(Exasperado.)* ¡¡Que sí!!

- Gordo. Bueno, pues haga el favor de pesarme primero.
- Clemen. ¿Pesarle? Vaya usted al muelle de pequeña velocidad.
- Gordo. ¿Cómo?
- Clemen. Que allí es donde se pesan los bultos.
- Gordo. Bueno, pues ahora va usted a pesarme por las buenas o por las malas.
- Clemen. Me gustaría verlo.
- Gordo. (*Asomándose al foro.*) ¿Dónde hay un guardia?
- Clemen. ¿Montao o a pie?
- Gordo. Usted tiene la obligación de pesarme porque éste es un peso público.
- Clemen. Pero no para baúles.
- Tranq. ¡Y que este tío lleva exceso de equipaje!
- Gordo. (*Haciendo mutis por el foro*) Ahora lo veremos.
- Clemen. ¡Adiós, so zepelín!
- Tormen. ¿Ves? Para todo eres igual. Así, ¿cómo puedes tener parroquia?
- Clemen. Es que no me da la gana de despachar a nadie. (*Por el foro entra un chico.*)
- Chico. (*Entrando.*) ¿Me quiere usted despachar?
- Clemen. En seguida, rico, pero va a ser a cachetes.
- Chico. ¡Anda, el oso del retiro! Yo venía por cera virgen.
- Clemen. Pues aquí no hay más cera que la que arde, ¡conque largo!
- Chico. ¡Chavó, qué fiera!
- Clemen. ¿Fiera? Toma, para que lo digas con razón. (*Le da tres o cuatro azotazos.*)
- Chico. (*Marchando llorando.*) Ahora se lo digo a mi madre, so tío pegón.
- Tranq. Clemente, contente.
- Tormen. Contento, Clemente.
- Clemen. ¡Si es que me ha sacao de quicio ese tío gordo, y éstos y tó el mundo!
- Tranq. Por nosotros no te pongas así, que ya nos vamos.
- Clemen. ¿Irse? ¿Irse sin que os dé la ropa que me habéis pedido? Si me hacéis ese desprecio, no sé, no sé lo que hago.
- Tranq. No te pongas así.
- Clemen. Andar, entrar conmigo y conformaros con lo que os dé, porque si no os conformáis...



Tranq. Descuida, que yo me conformo aunque sea con un sombrero. (*Entran por la puerta de detrás del mostrador los tres; queda sola SINDULFA.*)

Sindul. La verdad es que, como fondo, tiene buen fondo; él gastará un genio horrible, pero a buen corazón no hay quien le gane. (*Por la puerta del foro entra VITERINDO vestido de escocés; del cuello le cuelga una gaita.*)

Viter. (*Acercándose al mostrador y disimulando la voz.*)  
¿Tiene usted bicarbonato?

Sindul. ¿Cuánto desea?

Viter. Diez kilos.

Sindul. ¿Diez kilos?

Viter. No se asuste, porque es para llenar de aire la gaita.

Sindul. Le advierto, señor mío, que yo no estoy aquí para que me tomen el pelo.

Viter. ¿Tomarte yo el pelo, vida mía?

Sindul. ¿Eh?

Viter. Pero, ¿no me conoces? Si soy yo Viter.

Siudu. (*Loca de alegría.*) ¡Tú!

Viter. Yo, de tobillera.

Sindul. ¿Pero por qué te has vestido así?

Viter. El truco que te dije antes; con objeto de que tu padre no me conozca y podamos hablar con entera libertad, he cogido de la habitación del transformista, que sabes que se hospeda en casa, este traje.

Sindul. Y que te está muy bien.

Viter. Escocés legítimo. Al pasar por la tienda del señor Ambrosio me han saludado las bacalás del escaparate.

Sindul. Bueno, pero no hagas locuras, porque a lo mejor te conoce mi padre

Viter. A mí no me conoce ni el mío. Figúrate que al salir de casa me he topao con él y ha dicho: «Este debe venir de la Exposición de Sevilla; hay que prepararle habitación.

Sindul. Como que yo tampoco te he conocido.

Viter. ¿Tengo o no tengo inventiva? Ahora podemos amarnos tiernamente sin miedo a que la fiera interrumpa nuestro idilio.

Sindul. ¡Viterindo de mi vida!

- Viter. ¡Sindulfa de mi alma!
- Sindul. Oye, oye, si sale mi padre tendrás que pedir algo, y si te despacha en seguida...
- Viter. No te preocupes, porque traigo una receta que va a tardar en prepararla dos horas: fíjate. (*Lee.*)  
"De extracto glicero óxido fenicado de monocarbanida, 1 gramo; De exametileno tetramina, 2 gramos. De pelos de panocha, 15 gramos. De sulfo alcaloyodo carbonato litinado, 3 gramos. Escipiente, manteca de cacao. Para una píldora."
- Sindul. Pero eso no es una píldora; eso es un balón.
- Viter. Pues fíjate en el final. (*Lee.*) Háganse trescientas sesenta y cinco iguales.
- Sindul. ¡Qué atrocidad!
- Viter. De modo que aquí me siento y aquí me estaré contigo toda la tarde. (*Se sienta.*)
- Sindul. (*Ruborizada.*) Bájate las faldas.
- Viter. Es verdad; es que voy a la moda, me siento y lo enseño todo. (*Saca un pañuelo y se cubre de las rodillas para abajo.*)
- Sindul. (*Mirando a la puerta.*) ¡Mi padre! Disimula.
- Viter. Descuida. (*Se pone en pie, rígido.*) Entonces esperaré que me hagan la recetamienta.
- Sindul. ¿Qué dices?
- Viter. Estoy hablando un inglés de "los sobrinos del Capitán Grant," que monda. (*Sale CLEMENTE seguido de TRANQUILINO y TORMENTO. Esta última saca un envoltorio de ropa.*)
- Clemen. Y ya lo sabéis, no aparecer por aquí lo menos en un año.
- Tormen. Muchas gracias, hombre.
- Tranqui. Y tú, cuando necesites un chucho pa obsequiar algunas de tus amistades, calle de Alcalá, tres...
- Clemen. ¿Cómo tres?
- Tranq. Tres puertas más arriba del café de la Montaña me tiés tós los días no lluviosos de once a una: Y si llueve me buscas en la Coruña.
- Clemen. ¿Pero te vas?

- Tranq. Es la taberna de más arriba. (*Al hacer mutis se fija en VITERINDO.*) ¡Calla!, ¿qué hace aquí esta miss?
- Clemen. (*Se le queda mirando y le dice:*) ¿Pero no te he dicho que no quería verte más en la botica?
- Viter. ¡Refregoli! ¡Me ha conocido!
- Sindul. Padre, yo te diré...
- Clemen. ¿Cómo le dejas vestirse de mamarracho a este idiota? Anda, anda; ya te estás marchando a tu casa y quitándote ese traje, que pareces a la Josefina Baker.
- Viter. Pero, don Intransigente.
- Clemen. Sal, sal si no quieres que te desnude aquí mismo.
- Tranq. No le desnudes, que a mí los galápagos no me gustan más que en las tinajas.
- Viter. Oiga usted, a mí me podrá insultar su cuñado, pero usted no, ¡iso gorrón!
- Tranq. ¿Yo gorrón?
- Viter. Usted.
- Tranq. No le contesto por no buscar un conflicto internacional
- Viter. (*Haciendo mutis.*) ¡Vaya usted al cuerno!
- Tranq. Y tú a Ginebra.
- Viter. (*Hace mutis por el foro, y al mismo tiempo entran NEPOMUCENO de relativa edad, que habla con marcado acento americano.*)
- Nepomu. El Licenciado don Clemente Miranda.
- Clemen. Yo soy.
- Nepomu. Vengó con una comisión.
- Clemen. Si son muchos que no entren.
- Nepomu. Con una comisión dolorosa, al par que alegre.
- Sindul. Haga el favor de sentarse, caballero.
- Nepomu. Con permiso. (*Sentándose.*)
- Clemen. Pues usted dirá; pero deprisa, porque tengo los nervios como cuerdas de guitarra.
- Nepomu. Ya lo sé; lo sé todo; sé su temperamento; conozco sus exaltaciones; sus rabietas...
- Clemen. Pero ¿qué dice este tío?
- Tranq. Bueno; querido cuñado, nosotros con tu permiso...

- Nepomu. Ah, pero son ustedes parientes,  
Tranq. Hermano de la mujer y cuñada, respectivamente.
- Tormen. Pa lo que usted guste mandar.  
Nepomu. ¡Magnífico! Precisamente es necesario la presencia de ustedes.
- Clemen. Bueno; acabe por Dios.  
Nepomu. Empezaré por describirles a ustedes una terrible enfermedad que allá en las Pampas acaba con las personas más robustas, y que la llaman "Te las lías, compadrito".
- Tranq. Eso es un tango.  
Nepomu. ¿Vos que sabéis? Cállate, no más.  
Sindul. (*Aparte a CLEMENTE.*) Este americano nos viene a colocar algún específico.
- Clemen. Pues como sea eso, lo echo a tortas.  
Nepomu. Ya sé que usted padece un carácter violento y agitado, pero cuando yo acabe de hablar usted estará curado radicalmente.
- Clemen. Lo dicho; un específico. Mire usted, aquí no queremos ningún brevaaje, porque para potingues ya tenemos bastantes con los que hay dentro; así es que usted se marcha ahora mismo si no quiere que lo eche yo.
- Nepomu. Calma, mi viejo.  
Clemen. ¿Yo viejo? ¡Maldita sea la Emulsión Scots! Esa es la puerta y por ahí va usted a salir ahora mismo, si no quiere salir por el escaparate.
- Nepomu. ¡Qué razón tenía la difunta!  
Todos. ¡¡Eh!!  
Clemen. ¿Qué difunta?  
Nepomu. Su ya fiambre esposa Africa Macabeo de Berceo.
- Clemen. No lo creo; no ha muerto.  
Nepomu. Allá en las Pampas; de la terrible enfermedad que le dije antes.
- Tranq. ¿Que mi hermana ha muerto de "Te las lías, compadrito"?
- Clemen. ¿Supongo que no vendrá usted a tomar-nos el pelito?
- Nepomu. Yo no tomo nada, señor.

Tranq. (A SINDULFA.) Mujer, obsequia a este caballero.

Clemen. Aquí no tenemos más que vino de Peptona; si quiere una copita.

Nepomu. Ya he dicho que yo no tomo nada. Yo solamente vengo como agregado del consulado de mi país a darles cuenta a ustedes del testamento.

Tranq. Y que supongo que Africa se habrá acordao de su hermano.

Nepomu. Se ha acordao y no se ha acordao.

Tranq. Bueno, ¿pero de qué se ha acordao?

Nepomu. Se ha acordao de que su marido tenía un genio de todos los demonios.

Clemen. ¡Habrà sinvergüenza!

Nepomu. Y le ha dejado toda su fortuna.

Clemen. ¡Africa de mi vida! ¡Por algo no la quería dejar que se fuera!

Tranq. ¡Habrà hipócrita! Y la echó a patás.

Tormen. (A TRANQUILINO.) Tu hermana era una desagradecida.

Clemen. La desagradecida lo serás tú, ¡insultar a una difunta tan honorable!

Tormen. ¿Pero no decías hace un momento...?

Nepomu. Bueno; basta, que aun no he dicho todo.

Tranq. ¿Qué, que hay más pesos?

Nepomu. Lo que hay es una condición en el testamento sin la cual no puede heredar este caballero.

Sindul. ¿Y qué condición es esa?

Nepomu. Que cambie de genio y que de tigre se convierta en borrego.

Sindul. (Aparte.) ¡Nos ha hecho cisco!

Clemen. Si con razón decía yo que mi mujer era una idiota.

Tranq. Oye tú, haz el favor de no insultar a mi hermana, porque no te lo tolero.

Clemen. Yo, en mi casa digo lo que me da la gana.

Nepomu. Basta; vuelvo a repetir que aun no he terminado.

Tranq. ¡Pero hombre, desembuche ya de una vez!

Nepomu. Su hermana se ha acordado de ustedes y los nombra albaceas testamentarios, con la condición de que vigilen al viudo, y si

durante tres meses, a partir de la notificación del testamento, insulta, golpea, trata mal; en una palabra, si durante esos tres meses no es un dechado de amabilidad y dulzura, entonces perderá el derecho a la herencia, que pasará íntegra a ustedes.

Tranq. ¡Rebáscula! ¿Y cuántos pesos dice usted que ha dejao?

Nepomu. Muchos miles de pesos.

Tranq. A ver si se equivoca usted y da el peso corrido.

Clemen. ¡Pero eso es una barbaridad! Mi mujer estaba loca.

Tranq. ¡Mi hermana era una santa!

Tormen. Y que lo digas, porque para aguantar a esta fiera se necesita ser de Mazapán.

Clemen. Bueno, basta. ¡Salir de mi casa!

Nepomu. ¡Imposible! Desde este momento, estos señores tienen que hacer vida con usted para vigilar si durante los tres meses se cumple la voluntad de la finada...

Sindul. ¡Eso no puede ser!

Clemen. ¡Eso es una coacción!

Nepomu. (*Levantándose.*) Yo, cumplida mi misión sólo me resta darle lectura del testamento y que me firme la notificación y la entrega de la copia: si aquí le parece mal por ser un establecimiento público...

Sindul. Sí, sí; pase usted a la rebotica.

Nepomu. Muy bien.

Clemen. Vamos.

Nepomu. ¿Ustedes no pasan?

Tranq. Para qué. Ya con lo que he oído tengo bastante. Usted deje ahí la copia del testamento, que ya me empaparé yo bien.

Nepomu. Como gusten. (*Hacen mutis CLEMENTE, SINDULFA y NEPOMUCENO por la puerta de detrás del mostrador.*)

Tranq. Abrázame, Tormento, y vete despidiendo de esa caja de hoja de lata, porque dentro de poco vas a tener un estanco en el mejor sitio de Madrid, y un servidor va a dejar esta vida de perros pa dedicarse al regodeo y a la *crápula*.

Tormen. Para el carro, que vas muy deprisa; lo primero que hace falta para que nosotros cojamos ese dinero es que Clemente no se pueda enmendar, y sea, la fiera de siempre.

Tranq. Eso, dalo por de contado.

Tormen. Es que por una fortuna se amansan hasta los tigres del desierto y no creo yo que tu cuñao sea tan tonto, máxime más cuando pasaos los tres meses pué volver a su genio.

Tranq. Mira, Tormento, en punto a discernir eres una ostra de Marennes. ¿Tú te crees que yo me he pasao la vida con unos cuantos perros pa que ahora se me escapen esos pesos?

Tormen. ¿Y qué vas a hacer?

Tranq. ¡Inventiva y vista! A nosotros no nos toca más que irritarle, exasperarle y molestarle. ¡Y ya saltará! Si no un día, otro. Ese no aguanta los tres meses. Antes revienta.

Tormen. ¿Tú crees?

Tranq. Además, pienso echarle tó el barrio ¡qué le tié unas ganas! E insulto por aquí, mala contestación por allá, acaban por exasperar al mismísimo Job que se hubiá licenciado en Farmacia.

Tormen. ¡Ay, Tranquilino, no te conocía! Tiés más cabeza que una cigala.

Tranq. Suprime las comparaciones cerveriles y al tanto de lo que voy a decir: lo primero que voy a hacer es dejar estos chuchos en casa y luego le voy a echar pa acá toas las comadres del barrio.

Tormen. ¿Pero te harán caso?

Tranq. Voy a pagar los insultos a peseta, ¿qué dinero tiés ahí?

Tormen. Diez pesetas.

Tranq. Diez groserías como la Telefónica. Trae pa acá, y tú ya sabes, insulta y pincha.

Tormen. Descuida.

Tranq. Pues hasta ahora mismo. ¡Ah! y vete preparando pa tutear a Echevarrieta. (*Hace mutis por el foro.*)

Tormen. El caso es que a mí este plan de Tranquilino me tiene mosca, porque como le dé

por sacudir, los primeros golpes no me los quita a mí ni la Cibeles. (*Salen CLEMENTE, SINDULFA y NEPOMUCEMO. A partir desde este momento, quedan a cargo del actor que hace el papel de CLEMENTE todos los matices que le ha de dar a su papel, para falsear su carácter conteniéndose a viva fuerza.*)

Nepomu. ¿Dè modo que queda usted enterado, mi viejo?

Clemen. Mi vie... (*Conteniéndose y muy amble.*) Sí, señor, sí.

Nepomu. Pues a cumplir la voluntad de la difunta si quiere heredarla.

Clemen. (*Amabilísimo.*) Enterado, y ya sabe usted dónde tiene su casa. Sindulfa, ponle unas pastillas de goma para los niños.

Nepomu. No se moleste, soy soltero.

Clemen. Entonces unas barritas de regaliz para que chupe.

Nepomu. Que le he dicho que no se moleste Buenos días a todos. (*Mutis por el foro.*)

Clemen. ¡Oh, qué amable y qué simpático, ¿verdad, Sindulfa?

Sindul. Mucho. (*Aparte.*) ¡A ver si quiere Dios que cambie de genio!

Clemen. (*Fijándose en TORMENTO.*) ¿Y tú qué haces ahí de pie, mujer? Siéntate. ¿Y tú marido? Ya sabéis que hoy coméis con nosotros. Es decir, hoy y todos los días. ¡Tres meses siempre juntos! ¡Qué alegría! ¡Con lo lo que yo os quiero! (*La besa.*)

Tormen. (*Aparte.*) ¡Cuando yo decía! Empezaré: mi plan. (*Alto.*) El caso es que no sé si nos quedaremos a comer.

Clemen. ¿Por qué?

Tormen. Porque como tú eres tan gorrino en la mesa (*Gesto de CLEMENTE, que contiene enseña.*) y Tranquilino anda algo delicado del estómago.

Sindul. ¿Gorrino mi padre?

Clemen. (*Disimulando y con risa forzada.*) Pero hija, no ves que es una broma. Pues nada, comeré con guantes si ése es vuestro gusto.

Tormen. Aunque comas con guantes siempre te chuparás los dedos.



- Clemen.** *(Riendo falsamente.)* ¡Ja, ja! ¿Chuparme los dedos? ¡Es que me mondo! Hoy estás ocurrentísima.
- Sindul.** *(Aparte.)* Bueno, mi pobre padre debe estar tragando una de bilis. *(Por el foro aparece VITERINDO, disfrazado de marino americano; pantalón blanco largo; camiseta y gorra.)*
- Viter.** ¿Se puede atracar?
- Sindul.** ¡Un marinero! ¿Qué desea?
- Viter.** Un bote de bicarbonato.
- Clemen.** Sindulfa, dale un bote a este marinero.
- Viter.** *(Aparte.)* No me ha conocido.
- Clemen.** *(Con mucha dulzura.)* Y no vuelvas a disfrazarte más para venir a esta casa.
- Viter.** Pues sí que me ha conocido.
- Sindul.** Ya te explicaré, papá.
- Clemen.** No tienes nada que decirme, Viterinidito; puede venir a hablar contigo cuando quiera.
- Viter.** *(Entusiasmado.)* ¿De veras, don Inclemente?
- Clemen.** Llámame Inclemente, impertinente y hasta indecente, lo que quieras, porque eres graciosísimo! ¡Uy, qué salao! *(Lo besa.)*
- Viter.** *(Aparte a SINDULFA.)* Oye tú, ¿pero a qué se debe este cambio?
- Sindul.** Calla, ya te lo explicaré.
- Clemen.** Y hoy comes con nosotros; de modo que corre a quitarte ese traje de mamarracho; ¡qué digo de mamarracho!, ¡qué te está monísimo!, y no tardes.
- Viter.** ¿Tardar yo? Si las horas me parecen segundos al lado de ésta.
- Clemen.** ¡Ay qué galante! Anda y vuelve pronto.
- Viter.** Volando. Yo creí que al conocerme de marinero me iba a dar el palo mayor de mi vida!... *(Hace mutis por el foro.)*
- Tormen.** *(Aparte.)* Bueno, si sigue así de amable, veo los pesos en el aire. *(Por el foro entra la SEÑA HIGINIA, que trae de la mano al chico de la escena anterior.)*
- Higin.** Anda, hijo mío, anda, vamos a ver si ahora se atreve este tío cobarde a pegarte delante de tu madre.
- Sindul.** *(Aparte.)* ¡Arrea!
- Tormen.** *(Idem.)* Ahora sí que salta.

- Clemen. ¿Qué dice usted, señora? ¿Que yo he pegado a este angelito?
- Chico. *(Lloriqueando.)* Usté, usté.
- Higin. ¿No le da a usted vergüenza, un hombre como una casa? Bueno; vergüenza no le dá a usted porque no la tiene.
- Clemen. Como... dice... usted.
- Higin. Que no tiene vergüenza.
- Clemen. *(En un esfuerzo supremo.)* Efectivamente, algo debe haber de eso, cuando usted lo dice.
- Tormen. *(Aparte.)* ¡Inexplicable!
- Higin. Pero. ¿es que encima me va usted a tomar la melena, so legañoso?
- Clemen. Le aseguro a usted que yo no he tropezado a esta monería. ¿Verdad que no, monín? Toma rico, toma unas pastillas de brea. *(Dándoselas.)*
- Higin. Usté ha pegao a este pedazo de mis entrañas, y su padre no ha venío porque está en Canarias, pero vengo yo a que le peguen delante de mí.
- Clemen. Vamos, doña Higinia, serénese. ¿Cómo puede usted comprender que yo a este encanto de criatura iba a hacerle daño? ¿Verdad que no, preciosidad? Toma, toma unos caramelitos de Cenarro. ¿Verdad *(Se los da.)* que todo fué una broma?
- Chico. *(Sobornado por los caramelos.)* Sí, si señor.
- Clemen. ¿Lo ve usted?
- Higin. ¡Ay tu madre que soy yo! ¿Pero qué dice este percebe sin cocer? ¿De modo que me has hecho hacer el ridículo con este caballero tan amable? Ahora, la que te va a romper un hueso soy yo.
- Clemen. ¡Duro, duro!
- Higin. ¿Qué dice usted?
- Clemen. Que a los niños hay que educarlos.
- Higin. En cuanto llegue a casa lo descascarillo. *(Hace mutis tirando de él por el foro y al mismo tiempo entra el SEÑOR GORDO con un Guardia Municipal.)*
- Gordo. Pase usted, guardia; éste es el señor que no ha querido pesarme y encima me ha insultado.

Clemen. ¿Yo? ¿que le he insultado yo a tan simpático y esbelto caballero?

Gordo ¡Usted!

Clemen. ¡Por Dios, usted se ha equivocado!

Tormen. (*Aparte.*) ¡Nada, que no hay manera!

Sindul. (*Aparte.*) ¡No lo conozco!

Clemen. Usted, qué quería, ¿pesarse? Pues ahora mismo le peso a usted y al guardia también.

Guard. ¿A mí?

Clemen. Sí señor, y venga todas las semanas a ver si gana o pierde, porque con la vida que lleva... Y si le hace falta algo del establecimiento, lo que usted quiera.

Guard. (*Indignado al GORDO.*) Oiga usted: usted se cree que yo estoy de servicio para que me gaste chufas un camión.

Gordo. Guardia, que no es chufas; que este señor no es el mismo.

Guard. Este boticario es amabilísimo, y ahora en la Comisaría explicaré el motivo del pitoreo.

Clemen. No será sin que yo antes pese al caballero, pese a quien pese. El lo desea y yo estoy aquí para servir al público.

Gordo. Eso, antes. Ahora no quiero pesarme.

Guard. Pues andando conmigo.

Clemen. (*Al verlos hacer mutis.*) Dispénselo usted, guardia, que es muy simpático... (*Desaparecen por el foro el Sr. GORDO y el GUARDIA.*)

Sindul. ¡Ay, papá! ¡no te conozco!

Tormen. ¡Eres otro!

Clemen. ¿Otro? (*Aparte.*) Otra bronca no sé si la aguantaré; estoy que me va a dar un colapso.

Tranq. (*Entrando por el foro*) ¿Qué? ¿No se come hoy aquí?

Clemem. Ya lo creo; precisamente te estábamos esperando. Anda, Sindulfa, entra con ellos y que elijan el sitio de la mesa que quieran y los cubiertos que les gusten más y las servilletas... todo, todo lo que quieran.

Tranq. (*Aparte, a Tormento.*) Pero, ¿qué es esto?

Tormen. (*Idem.*) ¡La esencia de la amabilidad!

- Tranq. ¿Pero tú le has pinchao?  
Tormen. Más que a una morcilla, y nada.  
Tranq. Pues dentro de poco verás.  
Siudul. ¿Vienen ustedes?  
Tranq. Claro que sí. . ¿Tú no entras, brujo?  
Clemen. Ahora voy, hechicero.  
Tormen. Na, que no salta. (*Entran SINDULFA, TRANQUILINO y TORMENTO. A penas se ha quedado solo CLEMENTE empieza a rugir y a tirar tarros y a dar puntapiés a las sillas.*)
- Clemen. ¡Esto es superior a mis fuerzas! ¡No puedo más! ¡No puedo más! No puedo. . .
- Nepom. (*Desde el foro.*) ¿Se puede?  
Clemen. (*Volviendo a contenerse.*) Ah, es usted; pase, pase; estaba arreglando ésto, poniéndolo en orden.
- Nepom. ¿En orden? Cualquiera creería lo contrario.
- Clemen. Siéntese  
Nepom. No, gracias. Venía solamente a decirle que, como el testamento marca la expiración del plazo el 30 de junio próximo, a las doce del día, para que sean justos los tres meses, hasta las doce del día de hoy no tiene usted obligación de cambiar de genio.
- Clemen. (*Dando un suspiro enorme y mirando el reloj.*)  
¿De modo que hasta las doce?  
Nepom. Justo. (*Sacando el suyo.*) Y son menos cuarto.
- Clemen. ¿De modo que me queda...?  
Nepom. Le queda un cuarto de hora de ser fiera.  
Clemen. (*Ya en fiera.*) ¿Y por qué no me lo ha dicho antes? ¡so berzotas! (*Le da un puñetazo.*) ¡So indio! (*Le da otro golpe.*)
- Nepom. (*Haciendo mutis por el foro.*) ¡Mi agusanada madre! ¡Qué razón tenía la difunta!  
Clemen. ¡Gracias, Dios mío! ¡Gracias! He estado a punto de morir, pero voy a poder desahogarme. (*Vuelven a salir TRANQUILINO, TORMENTO y SINDULFA.*)
- Tranq. ¡Que ya está la mesa puesta!  
Tormen. A ver si va a poder ser. (*Por el foro entra VI-*

TERINDO, *ya con su traje corriente y tres varas de nardos.*

Viter. *(Entrando.)* Ya estoy aquí, papá suegro, y traigo para Sindulfa estas tres varas de nardos.

Clemen. ¿Tres varas? A éste lo volteo.

Tranq. Pero, ¿se come o no se come?

Clemen. Ya lo creo, y que os tengo preparadas unas chuletas riquísimas.

Viter. ¿Sí, eh?

Clemen. Y para tí va a ser la primera. *(Le da una bofetada.)*

Sindul. ¿Pero qué es ésto?

Clemen. *(A TRANQUILINO.)* Y para tí la segunda. *(Le da un puñetazo en un ojo.)*

Tranq. *(Llevándose la mano.)* ¡Ay mi niña!

Tormen. *(Loca de alegría.)* ¡Ya ha saltao! ¡Ya ha saltao!

Tranq. ¡Ya ha saltao... un ojo!

TELON





## ACTO SEGUNDO

La escena representa la sala de consultas de un Sanatorio para enfermos nerviosos, instalado en las afueras de Madrid. Las paredes son blancas y tienen un zócalo como de metro y medio de azulejos blancos también. Amplia galería o rotunda de cristales al foro que da al jardín y en cuyo telón en lontananza se verá una vista conocidísima en Madrid. Dos puertas en cada lateral, mesa de mimbre en el centro con periódicos y dos silloncitos también de mimbre a su lado. Algunas sillas iguales repartidas por la escena. Entre las puertas, dos maceteros. Tres letreros colocados en las paredes del foro; el del centro dice: "Tranquilidad y buenos alientos", y los de los extremos: "Se prohíbe fumar", "No se permite escupir." En el centro, un gran reloj de caja o de no ser de caja se pondrá una esfera incrustada en la pared, que señala las 11 y que irá lógicamente avanzando. Con eso basta. Todo dará clara idea de una gran limpieza y de un gran orden.

Es de día, y el sol entra espléndido por la galería del foro.

(Al levantarse el telón está CLODULFO revisando unos papeles sentado en la mesa del centro: VITERINDO, sale por la 2.<sup>a</sup> derecha con unas recetas en la mano. Ambos llevan blusas blancas y gorritos. Dentro, por la derecha del actor suenan varios toques de campana seguidos como los de una Estación de Ferrocarril.)

Clodul. La hora de las duchas: Esto de que en este Sanatorio se haga todo a toque de campana... Las duchas, la comida, la cena...  
Viter. Oye, Clodulfo, ¿qué has puesto aquí?  
Clodul. ¿A ver? (Lee.) Pues está bien claro. "Extracto tebaico, un gramo".

- Viter. Pues yo entendía "este año te va a salir un grano".
- Clodul. Te tienes que ir acostumbrando a leer las recetas de los médicos.
- Viter. Oye tú, ¿qué es eso de médicos? Si andas en el mismo año que yo.
- Clodul. ¿En el mismo?
- Viter. A ver, estamos los dos haciendo el quinto.
- Clodul. No lo dirás por los gorros.
- Viter. Como que esto de llevar el gorro a todas horas es una lata.
- Clodul. Sí, pero ya conoces la manía de don Potamio el director de este Sanatorio, dice que como caiga un pelo encima de cualquier parte nos afeita la cabeza.
- Viter. En punto a asepsia es intransigente.
- Clodul. Bueno, siéntate y dame un cigarro.
- Viter. ¿Pero no ves que se prohíbe fumar?
- Clodul. Se prohíbe fumar al que no tenga tabaco.
- Viter. ¿Y si entra don Potamio y nos pilla?
- Clodul. Don Potamio tardará todavía en venir.
- Viter. Entonces, ahí va. *(Le da la petaca.)*
- Clodul. ¿Están hechos? *(Coge varios.)*
- Viter. Están hechos pa mí; de manera que no abuses.
- Clodul. ¿Tienes una cerilla?
- Viter. *(Dándosela.)* ¿Sabes que estás bien?
- Clodul. Como don Potamio no quiere que fumemos pues me lo dejo todo en casa.
- Viter. ¿Y por qué no te dejas las ganas de fumar?
- Clodul. No puedo; el día que no fumo, estoy muerto. Bueno, ¿y cómo sigue tu futuro suegro?
- Viter. Mal. El tener que aguantarse el genio durante tanto tiempo le ha degenerao en esos ataques nerviosos que ya has visto que le dan.
- Clodul. ¡Y hay que ver qué ataquitos!
- Viter. Que el día que menos le dan cuatro o cinco: si sigue en la Farmacia le hubieran matao sus cuñaos a disgustos. Por eso me lo traje a este sanatorio para nerviosos, que creo que es lo mejor que hay.
- Clodul. Lo mejor; aquí entra un enfermo con los



nervios de punta y sale con ellos remachaos.

Viter. Falta le está haciendo el remache, porque como en los ataques la toma con el mobiliario, y ya lleva rotas tres sillerías, el día que don Potamio le ponga la cuenta va a ser ella.

Clodul. Y menos mal que las enfermeras tienen orden de que en cuanto le sientan con un ataque quiten todos los muebles de su alcance.

Viter. Ya, ya; las pobres chicas parecen mozos de Federico del Ríu.

Clodul. Pues a mí, como tarden mucho en dar las doce me parece que me van a tener que quitar los muebles también:

Viter. ¿Qué te pasa?

Clodul. Que a las once y media me espera Choli, esa chica del Metro que pica en Chamberí.

Viter. ¿Y hoy no trabaja?

Clodul. Hace el turno de noche, y como tarde me va a poner tibio.

Viter. ¿Tiene mal genio?

Clodul. Es una chinche.

Viter. Ahora me explico que pique por la noche. ¿Por qué no le pides permiso a don Potamio? Total tú acabas la guardia a las doce; treinta minutos no creo yo que te los vaya a negar.

Clodul. Este tío niega una milésima de segundó. Ya sabes que ese reloj lo pone todos los días con el meridiano de Grenwinch; aquí todo se hace en punto.

Viter. Dile que tienes que ir al entierro de tu padre.

Clodul. (Indignado.) ¿Y por qué no al del tuyo?

Viter. Chico, yo te lo decía por darte una salida.

Clodul. Pues esas salidas necrológicas las buscas con un pariente más lejano.

Viter. Calla, que viene don Potamio.

Clodul. Esconde el cigarro. (Apagan los cigarros y se los esconden debajo del gorro que se le vuelven a poner. Por la segunda derecha entra DON POTAMIO, médico Director, viste de chaquet y entra fumando un puro enorme.)

- Potam. (*Entrando.*) Salud y neuronas.  
Viter. Muy buenas, don Potamio.  
Clodul. Buenos días, señor Director.  
Potam. (*Quitándose los guantes y el sombrero que le dará a CLODULFO.*) ¿Qué? ¿Cómo sigue el enfermo del 17?  
Clodul. Muy mal. Este está encargado de él.  
Potam. A ver, deme usted la gráfica del pulso.  
Viter. (*Dándole un papel que saca del bolsillo.*) Aquí tiene usted.  
Potam. (*Leyendo.*) ¡Qué atrocidad! Treinta, cuarenta, treinta, cuarenta... ¿Pero nada más que treinta y cuarenta?  
Viter. Nada más.  
Clodul. (*Aparte.*) ¿Pero tú has tomado bien el pulso?  
Viter. Chico, yo se lo tomo al oído, como no tengo reloj.  
Potam. ¿Conque treinta y cuarenta, eh? ¿Qué más ha notado usted en el enfermo?  
Viter. Que ha perdido el color.  
Potam. (*Indignado.*) Es usted un zopenco; el día que le den la alternativa, pobres de los enfermos que caigan en sus manos; esto ni es tomar el pulso ni es tomar la temperatura, es usted un idiota y usted (*A CLODULFO.*) otro por decirme que este majadero era una lumbrera, cuando sabe menos de Medicina que un cangrejo de río. ¡Maldito sea el sarampión!  
Clodul. ¡Vaya genio!  
Viter. (*Aparte.*) ¡Qué falta! le está haciendo a éste un testamento.  
Potam. ¿Y esos gorros? ¿Por qué están tan sucios esos gorros?  
Clodul. (*Azorado.*) Le... le... diré a usted.  
Patom. Ya se están quitando esos gorros. Pero ahora mismo, delante de mí.  
Clodul. (*Más azorado.*) De... de... ¿delante de usted?  
Viter. (*También azorado.*) Nos va a ver los pipis...  
Clodul. ¿Eh?  
Viter. Los pi... pitillos.  
Potam. Vamos, pronto, quítense los gorros. (*Se*

los quitan temblando y se les caen los pitillos al suelo.) ¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Estaban ustedes fumando? (Más indignado y dando grandes chupadas al puro.) ¿Pero no saben ustedes que no quiero que se fume? La nicotina produce hipertensión. A ver ese pulso. (A VITERINDO.) ¿Lo ve usted? Ya tiene usted el pulso hecho migas. Usted morirá joven.

Viter. (Aparte.) Pues si fumase esos puros no habría nacido.

Clodul. Le diré a usted, don Potamio.

Potam. A mí no tiene que decirme nada. ¡Maldita sea la gástro-enteritis! (Vuelve a dar dos chupadas.)

Viter. (Aparte.) Se está matando

Potam. ¿Hay alguna novedad?

Clodul. Nada. ¡Ah, sí, don Tranquilino, el cuñado de don Clemente Miranda, de ese que le da por romper los muebles.

Potam. Menuda cuenta le voy a poner. ¿Y qué quiere el Tranquilino ése?

Clodul. Que se nota mal desde hace unos días; dice que le dan mareos y quiere que le vea usted

Potam. (A VITER.) Avísele que venga. (VITER hace mutis por segunda izquierda.)

Clodul. (Aparte.) Yo me atrevo. ¿Don Potamio?

Potam. ¿Qué intestino se le ha deteriorado a usted?

Clodul. Que yo quería que me diese usted permiso.

Potam. ¿Para salir media hora más tarde?

Clodul. Para salir media hora antes.

Potam. ¿Pero ustedes un insensato? Aquí cumple todo el mundo con su obligación; le toca a usted salir a las doce y hasta la última campanada no sale usted de aquí, salvo en casos de defunciones familiares, pero como a usted ya no le queda familia.

Clodul. (Aparte.) No, pues yo me tengo que ir. (Por la segunda izquierda sale TRANQUILINO, TORMENTO y VITERINDO.)

Viter. (A ellos.) Ahí tienen ustedes al Doctor. Yo

voy a ver a don Clemente. (*Hace mutis por la primera izquierda.*)

- Tranq. ¿Se puede?  
Potam. Acérquese, acérquese y tire ese cigarro. ¿No ha leído usted esos letreros? "Se prohíbe fumar." "Se prohíbe escupir." ¡Esto es un sanatorio!
- Tranq. Esto es un tranvía. Usté perdone, que no me había dao cuenta. (*Tirando el cigarro.*)  
Potam. Pues aquí hay que darse cuenta de todo. ¡Rebronconeumonía!
- Tormen. (*A TRANQUILINO.*) ¡Mi madre, qué tío más agrio.
- Tranq. ¡Es una limonada!  
Potam. Vamos a ver, ¿qué es lo que le pasa a usted?
- Tormen. Pues mire, doctor, que le dan unos repeluznos por la noche, que no pué pegar un ojo.
- Tranq. Y digo yo, eso tiene que ser de los nervios.  
Potam. Usté no tiene que decir nada; quien lo tiene que decir soy yo.
- Tranq. Es que, además de los repeluznos, siento unos mareos, así como si tuviera la cabeza hueca.
- Potam. Eso es más fácil.  
Tormen. Y digo yo, si usted me lo permite, que tó eso quizá sea del régimen, porque aquí los nervios se curarán, pero el estómago se echa a perder. ¡Hay qué ver las comiditas!
- Potam. ¿Que aquí se come mal? ¡Maldito sea el empacho gástrico!
- Tranq. No es que se coma mal, es que no se come, porque yo, a fuerza de verduras y aguas litinadas, tengo más aire que el Conde de Zepelín.
- Potam. Esas comparaciones aeronáuticas las hace usted en Cuatro Vientos; éste es un sanatorio muy serio. Los trastornos quizá sean hereditarios. ¿Su padre de usted, qué era?
- Tranq. Mi padre vendía globos.  
Potam. Entonces ese aire es de familia.

- Tranq. Bueno, pero, ¿y los mareos?; porque en mi familia no ha habido ningún marinero.
- Potam. Eso es otra cosa; seguramente obedecen a una debilidad nerviosa. Oiga, Clodulfo, ordene que le den aquí al lipotímico una ducha templada.
- Clodul. Seguramente se aliviará usted. (*Se oye por la segunda derecha el timbre del teléfono.*)
- Potam. ¿Quién llamará? (*A CLODULFO.*) Si ocurre algo, en mi despacho estoy.
- Clodul. Está bien... (*Don POTAMIO hace mutis por la derecha.*)
- Tranq. (*A CLODULFO.*) Oiga, Galenillo, ¿no sería posible que las duchas en vez de templadas me las diesen de Rioja Clarete, que me tonifican más?
- Clodul. En este sanatorio no entra ni una gota de alcohol.
- Tormen. ¿Y con qué encienden los infiernillos?
- Clodul. Con una cerilla. Nos ha fastidiado la compañera del airoso. (*Hace mutis por la derecha. Quedan solos TRANQUILINO y TORMENTO.*)
- Tormen. Bueno, Tranquilino, ¿tú sabes qué día es hoy?
- Tranq. Treinta de junio.
- Tormen. ¿Y sabes qué hora es?
- Tranq. Por el meridiano de Greenwich, según don Potamio, las once y diez.
- Tormen. ¿Y no piensas nada?
- Tranq. ¿Pues de qué te crees tú que me dan estos mareos?
- Tormen. Nos quedan cincuenta minutos para que se cumpla el plazo y Clemente es un cordero lechal.
- Tranq. Tormento, no me nombres al cordero, que desde que estoy aquí no hago más que echarle maldiciones al Consorcio de la carne.
- Tormen. De manera que damos por perdida la partida; que nos quedamos sin la herencia.
- Tranq. Yo no he podido hacer más de lo que he hecho; he pagado a los enfermeros para que lo traten mal; le he indispuerto con todos los enfermos, y por último, he dejao

- correr la sospecha de que está complicao en los hallazgos del Tajo. ¡Un río de calumnias! Y él, ya lo has visto; con una tranquilidad, que se la das a un alambrista y cruza el Mediterráneo.
- Tormen. Para mí, que el Viterindo ése tiene la culpa de todo.
- Tranq. Si no del todo, de la mayor parte, pero déjalo, que también le he preparado lo suyo. Mi dinero me ha costao, però que le doy un disgusto, no te quepa duda.
- Tormen. Con eso y con que perdamos la herencia.
- Tranq. Sólo nos queda un recurso que a mi juicio es infalible.
- Tormen. ¡Ay! No sabes lo que me alegraré por nosotros y por don Frumencio; porque si no es por él, que con la garantía de la herencia nos ha prestado tó el dinero que necesitábamos, ¿de dónde íbamos a pagar la pensión aquí? Es una buena persona.
- Tranq. Una buena persona que cobra el 800 por 100, porque hay que ver el documentito que me ha hecho firmarle.
- Tormen. Miá, que si no llegásemos a heredar...
- Tranq. Se pegaba un tiro; pero ya te he dicho que no hay miedo, porque este último recurso es la llave.
- Tormen. ¿Tú crees?
- Tranq. Cuando tú me ves tan sereno, es porque es la llave.
- Tormen. Habla, que estoy que se me ahoga con una maroma.
- Tranq. ¿Tú te acuerdas todavía de castigar?
- Tormen. Según el castigo que te refieras.
- Tranq. Mira, Tormento; ha llegado el instante de hablar claro sin que te ofendas. Mi cuñado Clemente siente por tí una antipatía que te mira y le lloran los ojos.
- Tormen. ¿Es posible?
- Tranq. A mí me ha dicho más de una vez: el día que tu mujer estire las cuatro extremidades, te convido en las Ventas, a la vuelta a una ensalada de escabeche.
- Tormen. Muy bonito.

Tranq. De escabeche.

Tormen. ¿Y a qué vienen esas groserías?

Tranq. A que te des cuenta de la seguridad de lo que maquino. Lo que no han lograo insultos, improprios y calumnias, lo vas a lograr tú con mimos, halagos, y si fuese necesario, con caricias.

Tormen. ¡Ah, de modo que quieres...?

Tranq. Que finjas que estás enamorada locamente de él; cada palabra amorosa tuya será un puñal que se le clave en el corazón, cada mirada, un latigazo que le saque de quicio, y si llegas a la caricia, estoy seguro que te da un tortazo que tiés que ir a buscar las narices a la Fuente del Berro.

Tormen. ¿Estás seguro?

Tranq. Yo me voy a morir con las ganas...

Tormen. ¡Ah, de modo que si le abrazo...?

Tranq. Si le abrazas no queda del sanatorio ni un ladrillo.

Tormen. Pues bien; si eso ha de ser nuestro triunfo, me sacrificaré; pero que te conste que yo soy incapaz de hacerte a ti de menos.

Tranq. Lo de menos es lo de menos; lo demás es el tiempo, y como el tiempo nos agobia, hay que ponerlo en práctica inmediatamente. Ponte la falda más corta que tengas, la blusa más descotada y a ver si consigues por las buenas lo que no hemos podido conseguir por las malas.

Tormen. ¿Te parece que me dé chorizo en los labios?

Tranq. Por mí como si te quieres dar sobrasada de Mallorca.

Tormen. ¿Y los ojos me los pongo negros?

Tranq. De eso ya se encargará él; vamos.

*(Hacen mutis por la 2.<sup>a</sup> derecha; cuando ya se han ido, se oye por la 1.<sup>a</sup> derecha un gran escándalo y gritos de SINDULFA diciendo: "Papá, por Dios," y de VITERINDO: "Don Clemente, conténgase". Rápidamente por la 1.<sup>a</sup> izquierda salen OROSIA y OTILIA, enfermeras jóvenes.)*

Orosia. ¡Anda, ya le ha dao otro ataque a don Clemente!

Otilia Pronto, a quitar los muebles.  
Orosia *(Quitándolos.)* Hija, qué fastidio.  
Otilia Miá si viviera en el Hotel de Ventas.  
Olimpia Yo, desde que ha llegao este mueblómano he perdío dos kilos.

*(Retira por la 2.<sup>a</sup> derecha la mesa del centro y las sillas. Cuando ya han desaparecido, salen por la izquierda VITERINDO SINDULFA y CLEMENTE, este último pálido y como preso de una agitación nerviosa.)*

Sindul. Vamos, cálmate, papá.  
Clemen. No puedo, no puedo. Figúrate que porque le dicho a la enfermera que había dos chinches en la cama me ha contestado que el único chinche que hay en esta casa soy yo; y me he tenido que aguantar; ¡Y sonreír! ¡Ay! ¡Ay! ¡que me da! *(Extiende el brazo y le da dos puñetazos a VITERINDO.)*  
¡Que me da!  
Viter. ¡Que me da usted a mí!  
Sindul. ¡No se lo reproches, Viterindo! Ya sabes que si no se desahoga contigo le puede dar un colapso.  
Viter. Pero es que a mí me puede dar una peritonitis. Tranquilícese usted, que ya no quedan más que cuarenta minutos.  
Sindul. Reflexione, que todos nuestros sacrificios habrán sido inútiles. El traspaso de la botica; el encerrarnos en este sanatorio.  
Viter. El servirle yo de entrenador.  
Clemen. Eso sí; gracias a ti, lograré el triunfo; porque como yo, sin darle de cuando en cuando un desahogo a mi genio, no podría vivir, cada vez que mi carácter me lo pide, tú te encierras en mi cuarto y allí, a la chita callando, te doy un palizón y me quedo tan descansado.  
Viter. Y que ya habrá usted visto, que a pesar de los golpes, no se enteran ni las moscas, porque si se enterasen...  
Sindul. Más sufrido no lo encuentra usted.  
Clemen. Sí, sí, tienes razón; ayer, sin ir más lejos



- le di un puñetazo en las narices, que para cortarle la hemorragia, le tuvieron que liar la cabeza en el toldo de la terraza.
- Viter. Todo lo hago por ganarme la mano de mi Sindulfa.
- Clemen. Y te la estás ganando.
- Sindul. Yo, lo que temo es que como siga usted así, en vez de marido me voy a llevar el muñeco de un ortopédico.
- Clemen. ¿Y qué quieres? Cada vez que pienso lo que han hecho conmigo esos canallas... ¿Os acordáis de lo de la botica?
- Sindul. No nos hemos de acordar.
- Clemen. ¡Poner en el escaparate un barreño de pájaros fritos con un letrero que decía: "Así se quedan los que compran aquí medicinas"!
- Viter. Eso se le ocurrió a su cuñado.
- Sindul. Desde hace unos días parece que están más calmados.
- Viter. Como ven que se aproxima la hora y usted no se altera por nada.
- Clemen. Es que si siguen como al principio de llegar me tengo que pegar un tiro; el segundo día me echaron polvos de pica pica en la cama y corrieron la voz de que tenía un humor herpético, y lo que tenía era un humor de perros.
- Viter. ¡Qué canallas!
- Clemen. Y lo de ponerse todas las mañanas al amanecer en la puerta de mi habitación cantando los dos, a voz en grito: "Madre, cómprame un negro"...
- Sindul. Y que se llevaron así treinta y seis días.
- Clemen. ¡Treinta y seis negros seguidos!
- Viter. ¡Vaya racha!...
- Clemen. Es para asesinarlo: sobre todo, mucho odio le tengo a él, pero a ella, a ella es que la veo y comprendo el salvajismo, el canivalismo y el antropofagismo, que todo es lo mismo.
- Viter. Bueno, no piense usted en eso y a pasar los minutos que quedan más tranquilo que nunca.

- Sindul. Sí, papá, sí: da un paseo por el jardín, el aire y el sol te sentará bien.
- Clemen. Sí, pero que no me los encuentre, porque como los vea, te aseguro que no respondo de mí y... le voy a tener que partir tres costillas a éste.
- Viter. Pues ya procuraré yo que no los veas.

(CLEMENTE, se marcha.)

- Sindul. ¡Ay, qué alegría, Viterindo! Ya sólo faltan unos minutos para que papá coja la herencia, y en cuanto la coja, ¡al himeneo!
- Viter. Al himeneo tú, porque yo, con los golpes de tu padre, estoy que no puedo moverme.
- Sindul. Pobrecito mío. (Acariciándole) Oye, oye, ¿qué es lo que tienes aquí en el cogote?
- Viter. Un antojo.
- Sindul. ¿De tu madre?
- Viter. De tu padre. Se le antojó darme en la nuca, que si llegó a ser conejo, a estas horas estoy de plato del día en el Sanatorio.
- Sindul. Pero, ¿con qué te dió?
- Viter. Me dió con unas ganas que me dejó casi privao.
- Sindul. Yo, cuando pienso en tu sacrificio, me digo, esto es porque me quiere con toda su alma, y cada vez que te arrea mi padre grito para mí: me quiere, me quiere... Mira, Viterindo, será un egoísmo, yo lo comprendo; pero si en un golpe de esos te mandase al otro mundo, yo tendría un disgusto enorme, pero también tendría una alegría inmensa porque me diría: "ha muerto por mí", y tú no sabes qué alegría es para una mujer que un hombre muera por ella.
- Viter. Sí, sí; todo eso está muy bien porque a ti no te duele.
- Sindul. Oye, vida mía, ¿qué vamos a hacer cuando nos casemos?
- Viter. Pues lo que todo el mundo, retratarnos,

tomar un pisolabis, tomar el tren y... lo que todo el mundo.

Sindul. Oye, ¿pero acabarás la carrera, verdad?

Viter. Claro: ahora no la acabo porque no puedo dar un paso.

Sindul. ¡Ay, qué felices vamos a ser! Porque para mí no hay más hombre que tú.

Viter. Ni para mí más mujer que tú.

Sindul. Y si vieras qué ganas tengo de que salgamos de aquí; con lo celosa que yo soy y verte todo el día entre las enfermeras.

Viter. Pero si yo no las hablo más que lo necesario... Ni las miro siquiera... Me tienen rabia por lo serio que estoy con ellas siempre.

Sindul. Es que si no fuera así...

Olimpia *(Saliendo por la 1.<sup>a</sup> derecha.)* Oye, Viterindo.

Viter. ¿Qué pasa? *(A SINDULFA.)* Algún enfermo que me necesita.

Olimpia Que estoy aguardando las diez pesetas que me ofreciste ayer para ondularme.

Sindul. *(Indignada.)* ¿Eh? ¿Que tú le has ofrecido darla para el pelo?

Viter. No la he ofrecido, pero la voy a dar.

Olimpia Sí, sí; hazte de nuevas, y si fuera a mí sola, pero a la Otilia no haces más que decirle piropos y galanterías, y anoche, porque estaba un poco acatarrada le quise poner un parche poroso.

Sindul. *(Ya medio loca.)* ¡Un parche! Ah, pues eso sí que no te lo consiento, y no te lo consiento.

Viter. ¡Que te juro que es mentira! Que yo, a Otilia no me he permitido piropoarla, ni galantearla, ni parchearla.

Olimpia Sabes lo que te digo, que otra vez que ofrezcas algo, mires antes si lo puedes cumplir.

Viter. *(Indignado.)* ¿Pero que yo te he ofrecido diez pesetas?

Olimpia Tú.

Viter. Embustera.

Olimpia *(Haciendo mutis.)* ¡Anda y que te den dos duros!

- Viter. ¡Que te los den a ti que te hacen falta!  
(*Volviéndose a SINDULFA.*) Oye Sindulfa...
- Sindul. (*Nerviosa.*) No te acerques... no me sigas...  
Eres un hipócrita, un falso...
- Viter. Que yo te juro que ésto es una celada.
- Sindul. (*Con desprecio.*) Y este es el hombre que yo  
quería que muriese por mí. Voy a decírselo  
a mi padre. (*Hace mutis foro izquierda jardín.*)
- Viter. A tu padre. Pues muero, no te quepa du-  
da. (*Paseando nervioso.*) ¡Maldita sea! Esto  
ha sido obra del don Tranquilino; ése, que  
no me puede tragar: no me cabe duda.  
(*Por la segunda derecha sale CLODULFO.*)
- Clodul. Oye tú, me alegro encontrarte.
- Viter. ¿Qué te pasa?
- Clodul. Lo que te dije: que don Potamio me ha  
negado la media hora, pero a mí se me  
ha ocurrido un truco para irme, superior.  
¡Ah! mira, a ese don Tranquilino ha man-  
dado el doctor que le den una ducha tem-  
plada, ¿quieres encargarte de ello?
- Viter. (*Saltando de alegría.*) Con alma y vida. (*Apar-  
te.*) Ahora me las paga.
- Clodul. ¿Templada, eh? Hasta luego. (*Vuelve a ha-  
cer mutis por la segunda derecha.*) (*VITERINDO  
se acerca a la segunda y llama.*)
- Viter. Orosia, Otilia.
- Orosia. (*Saliendo.*) ¿Qué hay que hacer?
- Viter. Dile a Radegundo y a Davino, que de or-  
den del Director le den al señor del 19, a  
don Tranquilino, una ducha ahora mismo  
a 60 grados y de tres minutos.
- Orosia. ¿Con manga?
- Viter. Con manga ancha.
- Orosia. ¿No será muy caliente?
- Viter. Cuando el Director lo manda, pero por  
si acaso que lo aten como a las langostas.
- Orosia. Está bien.
- Viter. Y tú ya puedes sacar las sillas y la mesa,  
que ya se le ha pasado el ataque a don  
Clemente.
- Orosia. ¿Y si le repite?
- Viter. Os las lleváis otra vez. (*OROSIA entra en la  
segunda derecha y sale a su debido tiempo con  
las sillas y la mesita ayudada por Otilia.*)

Bueno, de esta hecha a don Tranquilino le sirven en casa de Alvarez con cerveza.

(*Por la primera derecha entra don FROMENCIO, tipo vulgar de usurero, de unos 50 años.*)

Fromen. (*Entrando.*) Buenos días.

Viter. ¿Qué desea?

Fromen. Ver a un señor que está en este sanatorio.

Viter. Eso, a las enfermeras. Ahora vienen. Tome asiento.

Fromen. (*Mirando a todos lados.*) ¿Que tome asiento?

Viter. Ahora sacarán las sillas. Yo voy a ver si convenzo a Sindulfa de que todo ha sido obra de ese canalla. (*Mutis foro jardín.*)

Fromen. ¡Qué raro! Por lo visto, aquí no sacan las sillan hasta que vienen las visitas. (*Salé OTILIA con unas sillas seguida de un enfermero con la mesa y otras sillas. Al verlos.*) No lo dije.

Fromen. Siéntese, caballero, siéntese, ¿qué desea?

Otilia Ver a un tal don Tranquilino Macabeo.

Otilia ¡Ah!, sí. Tendrá usted que esperar.

Fromen. ¿Mucho?

Otilia No, tres minutos de la ducha y dos o tres... cinco o seis minutos.

Fromen. De la ducha; ¿pero le van a dar una ducha?

Otilia A 60 grados.

Olimpia Es para que se le templen los nervios (*Hacen mutis segunda derecha.*)

Fromen. Es pa que se le achicharren. ¡A 60 grados! ¡Lo van a cocer! ¿Pero cómo es posible que Tranquilino se deje dar esas duchas? Él ha venido aquí a poner en práctica con su cuñado ese plan que se le ha ocurrido y que le aseguraba los pesos de la difunta. Así cobraba él y cobraba yo las quince mil pesetas que le he prestado, que al tanto por ciento que yo presto de aquí a tres meses que es cuando le darán posesión de la herencia, serán unas... sí, justo, unas sesenta mil pesetas, mil más, mil menos. No es muy caro. En este negocio voy a perder, mejor dicho, no voy

a ganar lo que en otros. Claro, que las quince mil que he dado están en el aire, porque si ése se aguanta aunque reviente.

*(Por la segunda izquierda sale TRANQUILINO cubierto con una de esas mantas de baño de color oscuro que tienen capucha. Sale con la capucha echada y se vuelve amenazador hacia la puerta.)*

- Tranq. ¡Me las pagaréis!  
Fromen. ¡Caramba, un fraile!  
Tranq. *(Extendiendo el brazo derecho amenazador.)* ¡Me las pagaréis!  
Fromen. Y señala buen tiempo.  
Tranq. ¡Me han cocido!  
Fromen. ¡Tranquilino! ¿De dónde sale usted?  
Tranq. De hacerle la competencia a los cangrejos. ¡Me han abrasado vivo!  
Fromen. ¿Pero no era usted amigo del interno?  
Tranq. Pues si no llegó a serlo me sirven con mayonesa. Le digo a usted que no lloro porque no me tomen por Boadil el Chico, pero tengo más vejigas que una fábrica de zambombas.  
Fromen. Pues yo ya le estaba echando mala fama.  
Tranq. Ahora le es a usted muy fácil quitarme el pellejo.  
Fromen. Y menos mal que he venido yo y le han sacao a usted.  
Tranq. Sí, pero me han sacao cuando estaba duro.  
Fromen. Bueno, vamos a lo importante. ¿Usté se ha fijao qué día es hoy?  
Tranq. Debe ser San Lorenzo.  
Fromen. Treinta de junio y son las once y media, es decir, que no quedan más que treinta minutos, y mis 60.000 pesetas están en el aire.  
Tranq. Oiga, oiga, don Fromencio, ¿qué es eso de 60.000 pesetas? Usted me lleva suministradas 14.000  
Fromen. Justas. Por eso son 60.000. No es más que un 40 por ciento.  
Tranq. Pero un cuarenta a la hora.

- Fromen. Barátísimo.
- Tranq. Pa los taxis pué que sí.
- Fromen. Bueno, al grano, ¿qué es lo que hay? ¿Ha saltao o no ha saltao?
- Tranq. Puede que en estos momentos esté saltando.
- Fromen. ¿Dónde está?
- Tranq. En el jardín.
- Fromen. Ah, ¿es que juega a la comba?
- Tranq. Es que en estos momentos debe estar mi mujer quemando el último cartucho.
- Fromen. ¿Y si no diese resultado?
- Tranq. Si no diese resultado, adiós los sueños de riqueza, adiós la felicidad ansiada, adiós sus 14.000 pesetas.
- Fromen. Oiga, oiga; usted despídase de lo suyo, pero de lo mío no.
- Tranq. ¡Y qué remedio, don Fromencio! Este es un negocio que ha salido mal.
- Fromen. Un negocio en el que yo he puesto 14.000 pesetas, ¿pero usted, qué ha puesto?
- Tranq. Yo, nada.
- Fromen. Entonces es usted un fresco, un sinvergüenza y un gallina.
- Tranq. ¿Cómo se atreve usted a llamarme gallina si no he puesto nada?
- Fromen. ¡Ah, pues yo no me conformo! ¡No transijo! Acudiré a los Tribunales
- Tranq. Espere usted, hombre, espere usted; ya le he dicho que se está quemando el último cartucho. Venga usted a mi cuarto y al mismo tiempo que me visto hablaremos.
- Froemn. ¡Claro que hablaremos! porque yo vine generoso a ofrecerle a usted mi dinero.
- Tranq. Usted vino generoso, pero, ¿y mi pellejo? *(Hacen mutis segunda izquierda.) (Por el foro del jardín sale CLEMENTE, convulso, nervioso y le dice al público con espanto:)*
- Clemen. ¿Será una pesadilla? ¿Será una alucinación? Pero, no, no...; era ella, Tormento, que ahí en el jardín oculta detrás de un alcornoque, que no era su marido, me susurró al pasar: "Pisa moreno", y me tiró un chal que llevaba al cuello. Me quedé

atónito, y ella aprovechando mi atonitez me vertió en el oído: "Por tivoy yo en mallot al Polo Norte", yó al oír esta galantería esquimal, salí corriendo hasta aquí y me ha parecido que me seguía. ¿Será una alucinación? ¿Será una pesadilla? (*En el foro aparece TORMENTO, vestida a la moda y muy pintada; en el pecho trae varias flores.*)

Tormen.

¡Clemente!

Clemen

No es una pesadilla, es una pesadota.

Tormen.

¡Clemente, no me huyas, por favor...! ¿Tú sabes cómo vengo?

Clemen.

Hecha una birra.

Tormen.

Vengo empujada por el amor.

Clemen.

Y te vas a marchar empujada por mí.

Tormen.

Por el amor, que es más fuerte que todo el dinero del mundo y no respeta parentescos ni categorías. Atraviesa las llanuras, salta las montañas, cruza los mares.

Clemen.

Eso es un hidro.

Tormen.

Clemente, mírame.

Clemen.

Si ya te veo.

Tormen.

¡Clemente, Clemente!

Clemen.

¡Está horrorosa de frente!

Tormen.

Clemente ven a mi lado.

Clemen.

¡Y está peor de costado!

Tormen.

¿Quieres que te diga una cosa, requetegracioso?

Clemen.

No; no me digas nada.

Tormen.

Sí, ¿te la digo, resalao?

Clemen.

¡Qué gitana eres!

Tormen.

¿Pero es posible que no te hayas dado cuenta que estoy por tí que me baila la combinación?

Clemen.

Pues tienes foxtrot pa rato.

Tormen.

(*Tocándole la barbilla.*) ¡Castigador!

Clemen.

No me barbillees, que me pierdes.

Tormen.

(*Con alegría.*) ¿De veras? (*Cogiéndole otra vez la barbilla.*) ¡Marchoso!

Clemen.

¡Ay, que la voy a tener que dar un golpe y son las doce menos veinte.

Tormen.

Pero oye, Clemente, ¿es que no me encuentras nada?



Clemen. Te encuentro... Te encuentro en una calle obscura y llamo al sereno.

Tormen. Pues así y todo te quiero.

Clemen. (*Aparte.*) ¡Ay, que ya adivino el plan de ésta!... Pues ahora verá; me voy a poner yo dulce también. (*A ella.*) Oye, tortell relleno: si no fuera porque el adulterio está castigado en el Código, hace tiempo que tu ropita y la mía se estarían lavando en la misma artesa. (*Aparte.*) Vaya piropo limpio.

Tormen. Pues yo, no quería decírtelo, pero desde que te conocí te veo en todas partes: la otra noche, un retrato que tengo de mi madre en la mesilla de noche, tomó tu forma, y saliéndose del marco avanzaba hacia mí con los brazos abiertos, y yo, loca, alucinada, me pregunté: ¿será posible? ¿Anda él o anda mi madre?

Clemen. Igual, exactamente igual, me ha sucedido a mí con un retrato que tengo de mi padre de cuando era soldado de caballería.

Tormen. ¿Y andaba tu padre?

Clemen. Mi padre no andaba porque estaba montao a caballo, pero el caballo venía hacia mí, y yo me preguntaba, ¿será ella?

Tormen. ¿Oye, y no se hizo tu padre ningún retrato a pie?

Clemen. Ninguno.

Tormen. (*Aparte.*) Si yo lo sé, monto a mi madre en un burro.

Clemen. Te digo que todo el odio que le tengo a Tranquilino es por ti y sólo por ti, porque tienes una cara que es una manzana.

Tormen. (*Fingiendo coqueteria.*) Sí, sí.

Clemen. (*Aparte.*) Le ha sentado bien la fruta. (*Alto a ella.*) Y tienes más ojos que un queso de Grúyere.

Tormen. No, eso no.

Clemen. (*Aparte.*) En cambio no le ha sentao bien el queso.

Tormen. (*Aparte.*) Este sinvergüenza se ha dao cuenta de mi plan y se está conteniendo. (*Mira el*

- reloj.) ¡Ah, pues a las doce menos cinco le doy un beso!
- Clemen. (*Aparte mirando el reloj.*) A las doce y cinco le doy un puñetazo.
- Tormen. (*Aparte.*) Por supuesto, que ¿a qué esperar? Cuanto antes mejor. (*Se acerca a él y le da un beso en el cuello.*)
- Clemen. (*Dando un grito de tragedia.*) ¡Ah, maldición!
- Tormen. (*Aparte.*) ¡Ahora me arrea!
- Clemen. (*Dominándose.*) Vete, vete.
- Tormen. No me iré sin darte otro y otro y otro...
- Clemen. Y otro que te aguante, porque yo ya no puedo más; me gana la herencia, pero se la tiene que gastar en esparadrapo. (*Cuando loco coge una silla para darle en la cabeza entran por el foro izquierda SINDULFA y VITERINDO.*)
- Sindul. ¡Papá, por Dios!
- Viter. ¡Don Clemente!
- Tormen. Dejarle que me parta la cabeza.
- Viter. (*Metiéndose por medio.*) Antes me la parte a mí.
- Clemen. (*Dejándose caer en la silla.*) Gracias, hijo, no sabes cómo me ha puesto esa mujer. Entra ahora conmigo que como no te lise me muero.
- Viter. (*A SINDULFA.*) Está visto que yo no llego a las doce.
- Sindul. ¡Qué lástima, ya que faltaba tan poco!
- Tormen. (*Aparte.*) ¡Qué lástima! ahora que me iba a sacudir ¡Y no me ha sacudido! Voy a decírselo a Tranquilino y estoy viendo que el que me sacude es él, pero yo no he podido hacer más. (*Hace mutis por la 2.<sup>a</sup> izquierda.*)
- Clemen. (*Muy decaído le pregunta a VITERINDO.*) ¿Queda algo del palasán ese con que te arreaba?
- Viter. (*Resignado.*) Quedan cuatro nudos.
- Clemen. Pues anda, que los voy a deshacer.
- Sindul. Pero papá, ten en cuenta que si sigues así no me va a servir para nada.
- Clemen. Ya lo creo que te va a servir, te va a servir para pedir limosna en un carrito.
- Viter. Todo por tí, vida mía.
- Sindul. Sufre, que yo te daré la recompensa.

Clemen. (*Tirando de VITERINDO*) ¡Qué lástima que seas tan chico! Qué poco sitio tienes pa atizarte.

Viter. No me dejes solo por si pierdo el conocimiento. (*Entran por la 1.<sup>a</sup> izquierda.*) (*Por la 2.<sup>a</sup> derecha sale POTAMIO seguido de CLODULFO.*)

Potam. De modo que ya lo sabe usted. Si no vuelvo esta noche, cuide usted de que todo esté en orden y si no vuelvo mañana siga usted cuidando.

Clemen. Está usted descuidado.

Potam. Voy a hacer una operación a Cercedilla. Un ricachón de pueblo que tiene una úlcera en el estómago; ¡le voy a sacar un riñón!

Clemen. ¿Un riñón a un enfermo del estómago?

Potam. Estaba pensando en la cuenta, porque estos ricachones ya que le obligan a uno a ponerse en camino y a que abandone mis obligaciones, qué lo paguen. ¡Maldita sea la hiperclohidria!

Clemen. Tiene usted razón.

Potam. Bueno, me voy a ese pueblecito de pesca. (*A CLODULFO.*) Y ya sabes mi encargo. Ah, y hasta las doce no piense usted en irse.

Clemen. Descuide usted. (*POTAMIO hace mutis por la 1.<sup>a</sup> derecha.*) Ya se fué... (*Mira a todos lados, con misterio se llega al reloj lo abre y lo pone en las doce menos un minuto.*) ¡Ya está... ya está, ya está!... Las doce menos un minuto. Ya está conseguido lo que yo quería. Estos veinte minutos son los que me hacen falta pa verme con la Choli. Voy a ponerme la americana, el borsalino y a tomar el camino... (*Mutis. 2.<sup>a</sup> derecha. Queda sola la escena. En la 1.<sup>a</sup> izquierda se oyen quejidos y ruido como si arrastrasen muebles; en seguida sale VITERINDO corriendo y detrás CLEMENTE, saca un bastón cuyo puño es una bola grande de hierro.*)

Viter. ¡No, con el puño, no!

Sindul. Padre, que quedó usted en darle con los nudos y le va usted a dar con el puño.

Viter. ¡Y hay qué ver que puño! Una bola maciza.

- Clemen. ¡Si es que estoy ciego! Si es que como no te dé a placer, me da un ataque... Maldita sea... *(Levanta la bola para darle y en este momento suena la primera campanada de las doce que seguirán dando.)*
- Clemen. *(Respirando en la misma actitud y con el bastón en alto.)* ¡Las doce!
- Viter. ¡Baje usted la bola!
- Sindul. ¡Gracias, Dios mío!
- Viter. ¡Ya es usted rico! ¡Ya es de usted la herencia! *(Bailando de alegría.)* "Madre, cómprame un negro"...
- Clemen. ¡Como me cantes eso, vuelvo a levantar la bola!
- Sindul. Déjale, papá. Este es el único momento feliz que hemos tenido después de tres meses de disgustos y sobresaltos. Hora es ya de que tengamos una satisfacción.
- Clemen. Y hora es ya de que la tenga yo, también.  
Tú, Sindulfa, hazme el favor de irte al jardín, y tú diles a mis cuñados que les espero en mi cuarto y manda que avisen por teléfono al doctor Roviroza o a otro cualquier especialista en ojos.
- Viter. ¿Es que está usted malo de la vista?
- Clemen. Yo no, pero ellos, el que menos sale con cataratas.
- Sindul. Conténgase, por Dios, papá.
- Clemen. Que te vayas, te he dicho.
- Sindul. *(A VITERINDO.)* Tú, no le dejes. *(Hace mutis por el jardín.)*
- Viter. Ya es hora de que le toque a otros.
- Clemen. Y ahora murió el cordero y renace el tigre, pero qué tigre, un tigre que le traen al Retiro y tiene un éxito el Ayuntamiento. Ya lo sabes, Viterindo, los espero haciendo flexiones. *(Entra por la primera izquierda. Por la segunda salen TORMENTO, TRANQUILINO y FROMENCIO.)*
- Fromen. *(Muy indignado.)* Pues ustedes verán lo que hacen, porque yo, mi dinero no lo pierdo.
- Tormen. A mí no me ha faltado más que morderle.
- Tranq. Es lo mismo: le muerdes y te dedica un

retrato. Ese canalla está decidido a llevarse la herencia y se la lleva.

Viter. A propósito, a ustedes iba ahora a buscar.

Tranq. ¿A nosotros?

Viter. Don Clemente que me ha encargado que les diga que les espera en su cuarto.

Tormen. ¡Qué raro!

Tranq. ¿Está seguro que nos llama a nosotros?

Viter. Segurísimo.

Tranq. Oye, aquí en confianza, tú sabes para lo que nos quiere.

Viter. Si no me equivoco yo creo que quiere hacer las paces con ustedes.

Fromen. *(Muy alegre.)* Eso sería una solución.

Tormen. Pero para hacer las paces nos tendrá que dar algo.

Tranq. Claro que nos dará.

Viter. Más de lo que ustedes se creen.

Tranq. No, si yo siempre lo he dicho: Clemente, aparte de su carácter, tiene un corazón que es una tinaja y seguramente habrá pensado partir la herencia.

Viter. Algo de partir he oído yo.

Tranq. A mí, con que me dé veinte mil duros me conformo.

Fromen. No está mal, porque así le quedan a usted catorce mil míos, más...

Tranq. No se quiebre usted, la cabeza que me quedan los veinte mil duros.

Fromen. ¿Pero es que sigue usted en sus trece?

Tranq. Como usted en sus catorce.

Viter. Entren ustedes, que él se encargará de arreglarlo.

Fromen. Hombre, si yo supiese que me daba lo mío.

Viter. Se lo da; entren ustedes. *(Los empuja a la 1.<sup>a</sup> izquierda y hacen mutis; por la 2.<sup>a</sup> izquierda sale CLODULFO, vestirá ya para irse a la calle.*

Clodul. *(Al ver a VITERINDO.)* Ahí te quedas, desgraciado, que me voy a ver a la Choli.

Viter. Buen carácter tendrá con el plantón que le estás dando.

Clodul. Plantón, si total no son más que diez minutos.

Viter. ¿Pero no te esperaba a la media?

- Clodul. Y son menos veinte.  
Viter. Menos veinte: fíjate, las doce y cinco.  
Clodul. ¡Que te crees tú eso!  
Viter. Pero va este reloj con el meridiano de Greenwich.  
Clodul. Iba con el meridiano, pero ahora va conmigo.  
Viter. *(Aterrado.)* ¿Qué dices?  
Clodul. El truco, que he adelantado el reloj veinte minutos. *(Hace mutis por la 1.<sup>a</sup> derecha.)*  
Viter. *(Desesperado.)* ¡Recan seco, qué fatalidad! *(Se dirige a la primera izquierda y está cerrada herméticamente.)* Y ha cerrado por dentro. *(Se oye dentro la voz de CLEMENTE que grita: "¡Miserable! ¡Bandido!". Y la de TRANQUILINO; "El bandido lo serás tú". Y la de TORMENTO: "No, con la bola, no".)*  
*(Dando golpes en la puerta desesperado.)* ¡Don Clemente! ¡Don Clemente!, que no han dado. *(Se oyen golpes dentro.)* Que no han dao y está usted dando. ¡Que faltan quince minutos! *(Por la 1.<sup>a</sup> derecha, entra NEPOMUCENO mirando el reloj.)*  
Nepom. Faltan quince minutos. ¿Se habrá podido contener el señor Miranda?  
Viter. *(Que está vuelto de espaldas a él, sigue llamando desesperado.)* ¡Que faltan doce minutos! *(Por el foro del jardín sale SINDULFA, y al ver gritar y dar golpes a Viterindo le dice:)*  
Sindul. ¿Pero qué pasa?  
Viter. Que faltan diez minutos para las doce y tu padre está pegando a esos.  
Sindul. ¡Perdido! ¿Pero y ese reloj?  
Nepom. Ese reloj es un casco.  
Viter. Le ha adelantado Clodulfo.  
Sindul. ¡María Santísima! *(Llamando a la puerta.)* Que faltan diez minutos.  
Viter. Don Clemente, diez minutos.  
Nepom. Miranda, diez minutos.  
*(Dentro se oye la campana del Sanatorio. La puerta se abre y sale CLEMENTE con un guardapolvo de viaje puesto, un maletín, una gorra y un termo cruzao al pecho.)*  
Clemem. Ahí queda eso, que pierdo el tren.



## ACTO TERCERO

*Una tienda de perros y loros, canarios, periquitos, etc., etc. Mostrador y anaqueleras con jaulas de perros, monos, gatos y pájaros. Un loro en un aparato de pie. Puerta al foro de entrada y otra puerta en una lateral. Mostrador a la izquierda.*

*(Al levantarse el telón están en escena TRANQUILINO y TORMENTO, sentados y enseñando a hablar al loro que habrá colocado sobre un aparato de esos de varilla.)*

- Tranq. ¡Fiera! ¡Fiera!  
Tormen. ¡Mamarracho!  
Loro. ¡Clemente, contento!  
Tranq. ¡Fiera! ¡Fiera!  
Loro. *(Repitiéndolo.)* ¡Fiera! ¡Fiera  
Tranq. De primera. Este animalito es más listo que Otamendi.  
Tormen. Ya verás en cuanto venga tu cuñado, como todos los días, y se encuentre con que el loro ha aprendido a insultarle también.  
Tranq. ¿A ver si le da un estacazo?  
Tormen. Qué va a dar Si ahora es un cordero. ¡Hay que ver todo aquel geniázo en lo que ha venido a parar!  
Tranq. ¡Pobrecillo! Desde que perdió la herencia está desconocido.

- Formen. ¡Falta le hacía esta lección! (*Por el foro entra doña AGATÓNICA.*)
- Agató. Buenos días.
- Tranq. Adelante, doña Agatónica.
- Tormen. Tanto bueno por esta su casa.
- Tranq. Siéntese, siéntese. Ya sabe que aquí se la quiere porque usted ha sido siempre una...
- Loro. ¡Fiera! ¡Fiera!
- Agató. ¿Eh?
- Tranq. Calla, Sanchiz, que no es ahora.
- Tormen. No haga usted caso. Es que estamos enseñando al loro a que insulte a Clemente cuando venga.
- Agató. ¿Pero aun viene por aquí ese desgraciado?
- Tranq. Viene casi todos los días a llevarse la sobra de las comidas y a que le dé alguna ropa vieja.
- Tormen. Como traspasó la botica y se gastó el dinero.
- Agató. El tuvo la culpa.
- Tranq. El no; realmente la culpa la tuvo el practicante aquel que adelantó el reloj para su combinación, y como Clemente estaba deseando que expirase el plazo, usted no sabe la que armó de palabra y de hecho; los últimos días de Numancia fueron una Kermeses comparado con el último día de él.
- Agató. Y claro, la herencia pasó a ustedes.
- Tranq. Natural de Vallecas. ¡Y que nos hemos dao una vida de *sápatras*.
- Tormen. Pero de lo más *sápatras* que pué usted figurarse.
- Tranq. Hemos visto París, Burdeos, Marsella y la ciudad encantada de Cuenca. Hemos visto el Mediterráneo y nos hemos bañao en el Pacífico.
- Agató. ¿En el Pacífico?
- Tranq. En una casa de baños que hay frente a la estación de Atocha.
- Tormen. También hemos estao en Venecia.
- Tranq. Pero allí llegamos en mala época, porque se conoce que había llovido mucho y estaban *toas* las calles inundás.



- Tormen. Con decirle a usted que iban en lanchas.  
Agató. (*Aparte.*) ¡Qué par de zopencos!  
Tranq. Después volvimos por Bélgica y estuvimos en Amberes.
- Agató. Verían ustedes Brujas  
Tranq. Sí, brujas; lo que vimos fué cada Amberesa que quitaba la cabeza.
- Tormen. Y con los últimos cuartejos pusimos esta tienda, y éste es todo nuestro capital.
- Agató. ¿Entonces la herencia no era muy cuantiosa?
- Tranq. Ya lo creo, lo que pasa es que nos hemos dao una vidita que ya la quisiera un marajajá.
- Tormen. Yo me he comprado Renares, Visones y Pitoгрises.
- Tranq. Y yo camisetas de seda y calcetines de seda, y zapatos de ante y guantes de ante. Ná de lo que tenía antes.
- Agató. Pues crean que me alegro por lo que respecta a ustedes, en cuanto al tal don Clemente se lo tiene bien merecido.
- Tormen. Nosotros le hacemos pasar por todas las humillaciones que nos hacía pasar él antes. Le damos las sobras, la ropa usá...
- Tranq. Y le tenemos a nuestro servicio como agente abastecedor. Casi todos los días nos trae los perros y los gatos que coге en la calle sin que le vean, y aquí se le compran por una miseria.
- Tormen. También nos trae los pájaros de los parques públicos.
- Agató. ¿Es que pone cepos?
- Tranq. Ca, es que ha copiao el truco de ese tío del Retiro y allí se va con unas migajas de pan, abre la mano, toca un pito y cuando el gorrión se posa sobre la palma, la cierra y ¡zas! a la buchaca que diría Cambó.
- Agató. ¡Poblecillo! Casi me da lástima. ¿Y de la hija? ¿Qué ha sido?
- Tormen. Se casó con Viterindo y se fueron a Valdemorillo de los Hornachuelos, donde le dieron la titular de médico.
- Tranq. El Gobierno le ha llamao al orden dos o

- tres veces, porque la población está bajando de una manera alarmante.
- Agató. ¿Y su padre? ¿No tenía un fonducho?
- Tormen. Pero es un tío agarrao, con unos cuantos miles de duros, que no quería que el chico hiciese una boda tan pobre.
- Tranq. ¡Y le dió la patá!
- Agató. Pues yo venía a que me dijeran ustedes qué le doy al Niño de Marchena, que no canta.
- Tranq. Dele usted una guitarra.
- Agató. ¡No me gaste usted bromas, don Tranquilino! Me refiero al canario que me vendió usted hace dos meses.
- Tranq. ¿Ha probao usted a llevarlo a Tapia?
- Tormen. *(Señalando uno.)* Llévase usted a Delfín Pulido. Este es flauta.
- Agató. De ningún modo. Lo que voy a hacer es mandárselo a ustedes para ver si se anima con los otros.
- Tranq. Cuando usted quiera. Y ya sabe usted, si quiere usted algún perro, algún gato, algún loro... Hay un extenso surtido en animales domésticos.
- Agató. Nada, no quiero nada. Luego les mandaré a ustedes al Niño. Buenas tardes. *(Mutis por el foro.)*
- Tormen. Páselo bien, doña Agatónica.
- Tranq. Esta tía no se muere nunca.
- Tormen. Y cuidao que tié años.
- Tranq. Como que veo que la vamos a tener que vender aquí en una jaula,
- Tormen. ¿Y el dependiente, aún no ha vuelto?
- Tranq. Fué a ofrecer un foxterrier a esa bailarina del Palace.
- Tormen. Pues ya tarda.
- Tranq. A ése le voy a tener que cantar las cuarenta.
- Clemen. *(Entrando por el foro.)* ¡Menudo tute! *(Trae un perro asqueroso de lanas, una jaula con pájaros. Viene muy pobremente vestido.)* Menudo tute me he tenido que dar para cojer este perro.
- Tranq. ¿Pero oye, oye; qué perro es ése?

- Clemen. Este perro es de San Bernardo.  
Tormen. ¿De San Bernardo esa birria?  
Clemen. Lo he cogido en la calle Ancha.  
Tranq. ¡Valiente asco!  
Clemen. No hablar muy alto que él se cree que es de raza.  
Tormen. ¿Y en la jaula qué traes?  
Clemen. Un canario pardo, un gorrión cenizo y un colorín colorao.  
Tranq. ¡Esto se acabó! Ya estoy harto de comprarte porquerías.  
Clemen. ¿Porquerías? Si vieras tú cómo cantan. En vez de tres pájaros te traigo el orfeón vasco.  
Tormen. Bueno, ¿y qué quieres por tó eso?  
Clemen. Tassarlos vosotros.  
Tranq. ¿Te hacen tres cincuenta?  
Clemen. ¿Catorce reales por un Terranova y la masa coral? Vosotros estáis abusando demasiado de mi desgracia.  
Tormen. Y éste se ha excedido. Por eso no se puede dar más de una veinticinco.  
Clemen. ¿Una veinticinco?  
Tranq. Naturalmente. Una peseta pa el chucho y el real pa los cantantes.  
Clemen. Sois unos negreros. Pero en fin, como me hace falta, ahí lo tenéis. Está visto que nadie tiene lástima de mí.  
Tormen. Pero quién te la va a tener, con el carácter que has tenido. Si has sido un negrero.  
Tranq. Un señor de horca y cuchillo.  
Clemen. (*Indignado.*) Eso es, ¡insultarme encima! Encima que me habéis arrebatado la herencia y me veo como me veo, es decir, que no me veo, porque me da vergüenza verme. Yo, que cuando tenía la botica, todo se me hacía poco para vosotros; con lo bien que os he tratado siempre.  
Tranq. ¡Habrás cínico!  
Clemen. ¡Yo que he sido un ángel. Y ahora porque he caído. ¿No os da lástima del Ángel caído?  
Tranq. Ni del Ángel caído ni de la estatua de Colón.

- Clemen. ¡Porque no tenéis corazón! Ahora porque os veis con perros y tenéis muchos pájatos... en la cabeza.
- Loro ¡Fiera! ¡Fiera!
- Clemen. Hasta el loro se mofa de mi desgracia. ¡Y esto se lo habréis enseñado vosotros!
- Tormen. Quéjate encima que te estamos manteniendo sin tener por qué.
- Clemen. Sí—, dándome las sobras.
- Tormen. ¿Y qué te da tu hija? la casada con ese matasanos.
- Clemen. ¡Pobrecilla! No tiene para ella.
- Tormen. Pues de ésa es la obligación de mantenerte. Pero en fin, como a nosotros a corazón no hay quien nos gane, ahora te sacaré lo que ha sobrao del pollo de esta mañana.
- Clemen. A ver si me sacas las plumas como el otro día.
- Tormen. Eso mereces por desagradecido.
- Tranq. Y dale esa trinchera que me compré en el Bon Marcháis.
- Tormen. Aguarda un instante, desarrapao. (*Mutis lateral izquierda.*)
- Clemen. Tu mujer me trata demasiado mal.
- Tranq. Te trata como debe tratarte. ¡So mendi-go! (*Hace mutis por el mismo sitio.*)
- Clemen. (*Más indignado.*) ¡Canallas! ¡Malvados! ¡Y pensar que viven a costa de mi dinero! ¡Humillarme de este modo! Porque ya no me queda nada ¡ni genio! Estoy por abrirle la jaula a todos los pájaros.
- Loro ¡Fiera! ¡Fiera!
- Clemen. ¡Ay qué rico! ¡Si yo te llego a co-ger hace dos meses! Esto no hay quien lo aguante. Esta tarde me pongo en la vía del tranvía. ¡Y eso que ahora como están los tranvías, me expongo a estarme en la vía dos horas sin que pase ni uno. (*Entra por el foro VITERINDO de luto riguroso y elegantemente vestido.*)
- Viter. (*Se queda mirándole desde la puerta.*) ¡Por fin! ¡Don Clemente!
- Clemen. ¿Eh?... ¡Viterindo! (*Se echa en sus brazos.*) ¿Pero eres tú? ¿Tú o una barra de tinta china?

- Viter. Yo, yo que le he buscado por todas partes como loco desde hace quince días.
- Clemen. ¿Y Sindulfa?
- Viter. Buscándole también por otro lado. No podíamos figurarnos ni por asomo dónde se hallaría usted.
- Clemen. ¿Y cómo me has encontrado?
- Viter. Por un guarda de la Moncloa que nos dijo que allí cazaba usted pájaros todas las mañanas para venderlos luego en esta tienda.
- Clemen. Es cierto, aquí me los pagan a precio de fábrica y así malvivo.
- Viter. ¿Pero esta tienda no es de...?
- Clemen. Sí, hijo, sí, de ellos, de mis cuñados que me humillan, me vejan y me ajan sin pensar que todo esto me lo deben a mí.
- Viter. Pues desde hoy se acabaron las humillaciones, las vejaciones y las *ajaciones*.
- Clemen. ¿Qué dices?
- Viter. Que si le hemos buscado como el podenco al conejo, el galgo a la liebre, el de las cédulas al moroso, ha sido por acabar con todas sus miserias, para que viva usted como Dios manda. Ya me lo decía Sindulfa, es necesario que viva mi padre, que viva mi padre.
- Clemen. (*Abrazándolo.*) ¡Que viva el tuyo!
- Viter. El mío ha muerto.
- Clemen. ¿Que ha muerto don Antíguo?
- Viter. ¿No me ve usted de luto?
- Clemen. Creí que era por los que matas en el pueblo.
- Viter. Ha muerto y me ha dejado "La Unica".
- Clemen. ¿Ese fonducho? Pues te ha dejao bastante.
- Viter. "La Unica" y cien mil duritos limpios de polvo y paja.
- Clemen. ¡Mi madre!
- Viter. No, mi padre
- Clemen. Oye, ¿pero eso es verdad o es un cuento de Chapete?
- Viter. Eso es más verdad que usté está aquí, yo estoy aquí y de que nos vamos ahora mismo.

- Clemen. ¿A dónde?  
Viter. A dónde va a ser, a "La Unica", que desde este momento es suya. A vivir conmigo, con su hija, y a ponerse al frente de la casa, porque con el carácter que usted tiene vamos a tener siempre la casa llena.
- Clemen. De policía por lo menos, sí; ¡Ay, que yo me pongo muy malo. Me parece que con la alegría vuelve mi genio.
- Viter. ¡Eso no!  
Loro. Contento, Clemente.
- Clemen. *(Al loro.)* Tienes razón; vamos, que estoy deseando abrazar a mi hija.
- Viter. Vamos.
- Clemen. Espera, antes quiero pedirte un favor. ¿Llevas encima mucho dinero?
- Viter. Unas tres mil pesetas.
- Clemen. Sobran
- Viter. ¿Pero qué piensa usted hacer?
- Clemen. Por el camino te contaré. A mí, estos sinvergüenzas me las pagan.
- Viter. Pues vamos.
- Clemen. Vamos. *(Hacen mutis por el foro. Por el lateral salen TORMENTO y TRANQUILINO con ropa viejas y sobras de comida.)*
- Tormen. Aquí tienes esto. ¿Eh?... ¿No está?
- Tranq. ¿Pero dónde se ha metido ese sinvergüenza?
- Tormen. Cuando yo te digo que está medio loco. Se ha marchao porque tié más orgullo que don Rodrigo en el patíbulo.
- Tranq. A lo mejor es que ha visto un perro y ha salido corriendo.
- Tormen. Pues ojalá no vuelva, porque un día le voy a arrastrar por la tienda.
- Tranq. Mujer, al fin y al cabo, tó esto que tenemos se lo debemos a él. *(Por la puerta del foro aparece CHINDASVINDO, chico de la tienda.)*
- Chinda. Ya estoy aquí.
- Tormen. ¡Vamos, monín, que ya es hora!
- Chinda. Doña Tormento, que he tenido que ir y volver a pie a la Ciudad Lineal.
- Tranq. ¿Pero no te he dicho que cogieras un tranvía?

- Chinda. ¿Y el dinero?
- Tranq. Que cogieras un tranvía y te montaras en el tope, y que luego en las Ventas hicieras traslado pa la Ciudad Lineal.
- Chinda. Ya lo he cogido, pero al llegar a la Cibebes, el cobrador m'ha tirao un palo con la garrota de hierro, que si me coje, tengo que continuar en el tope hasta el Este.
- Tormen. Bueno, menos palabrería y al asunto  
¿Qué te ha dicho la bailarina?
- Chinda. Que no quiere foxterrier.
- Tranq. ¿Que no quíe el Fox la bailarina?
- Chinda. No, señor; dice que están pasaos de moda.
- Tranq. Pues charlestones no tenemos.
- Chinda. Me ha dicho que a ver si agencian ustedes un galgo ruso.
- Tranq. Dile que le escriba a la hija de Rasputín, que aquí no tenemos de eso
- Tormen. Nos ha inflao la cupletista, al precio que están los galgos.
- Chinda. Es que lo quíe pa llevarlo detrás.
- Tranq. Ni que fuera una liebre.
- Tormen. En fin; tú quédate aquí pa echar un vistazo mientras nosotros comemos, por más que poca gente pué entrar ahora.
- Chinda. ¡Ah! Se me olvidaba decirle a usté que estuvo aquí esta mañana don Fromencio.
- Tranq. ¿El usurero?
- Chinda. Sí señor. Entró hecho una furia, y dijo que si no le pagaban ustés las letras que están protestadas, les embargaban esta misma tarde.
- Tranq. ¡Arrea!
- Tormen. ¿Lo ves? Si lo primero que debiste hacer al cojer el dinero, fué pagarle.
- Tranq. Yo le quería dar su dinero, pero él se empeñó en cobrar 87.000 pesetas al interés compuesto, y por quererlo compuesto se ha quedado compuesto y sin novia.
- Tormen. Pero las letras cantan.
- Tranq. También canta Fleta y no embarga a nadie. Además, que no hubiéramos visto lo que hemos visto.

- Tormen. Pues ahora, como nos embargue, vamos a ver visiones.
- Chinda. Anda, y que los embarga, es viejo, porque dice que son ustés unos guarros.
- Tranq. Oye, niño...
- Chinda. Y unos mangantes.
- Tormen. Pero rico...
- Chinda. Si es lo que ha dicho él.
- Tranq. Bueno; él lo pué decir porque le debemos dinero, pero tú lo repites y te doy un capón que te crees que es un pavo. (*Le ama-ga.*)
- Chinda. ¿Eh? ¿eh? ¡cuidado con los volátiles!
- Tranq. Y ya sabes, cuando venga don Fromencio, le dices que nos hemos ido por loros al Brasil. ¡Ah, y si traen al Niño de Marchena lo cuelgas entre Cepero y Sagi-Barba. (*Hacen mutis por la lateral.*)
- Chinda. ¡Mi madre! ¿Que cuelgue al Niño de Marchena? Este tío está loco. (*Por el foro entra don FROMENCIO hecho una furia y con un garrote enorme.*)
- Frome. ¡Muy malos días!
- Chinda. ¡Atiza, el prestamista!
- Frome. ¿Los cochinos dueños de este arca de Noé, se hallan visibles?
- Chinda. (*Tartamudeando.*) Le... le... di... diré ...
- Frome. Contesta o te doy un garrotazo en el coco que te sale el agua.
- Chinda. (*Aparte.*) ¡Qué bes... !Qué bestia!
- Frome. ¡Vamos, pronto! ¿Dónde están los dueños?
- Chinda. Están en el Brasil.
- Frome. ¿Conque en el Brasil? Donde están es ahí escondidos con más miedo que siete viejas.
- Chinda. Sí... sí... se... señor.
- Frome. Porque son unos tramposos que se van a acordar de mí ¡por éstas! Y, o salen ahora mismo o armo aquí un cisco que rieta de los siete jinetes de la apocalipsis.
- Chinda. Pero don, don, don, don...
- Fromen. Si sigues repicando te doy un tortazo que te parto el badajo.



- Chinda. Si no replico.  
Frome. De mí no se ríen esos dos frescos. Ahí en el café de la esquina tengo al alguacil y al oficial del juzgado, y aquí en el bolsillo tengo el mandamiento judicial. Y ahora mismo voy por esa gente y los embargo hasta el último perro. Los de ahí y los del cajón.
- Chinda. En el cajón pocos perros hay.  
Fromen. Los que haya me los llevo. Aquí no dejo más loro que la dueña. Conque diles que vayan embalando todo, porque esta noche duermen en la calle. (*Mutis dando un garrotazo horrible.*)
- Chinda. (*Gritando en la puerta.*) ¡Vaya usted con Dios, don Chupasangre! (*Vuelve a la escena y ve a TRANQUILINO y TORMENTO que han salido y están pálidos.*) ¿Han oído ustés?
- Tranq. Hemos oído y estoy que no me llega la camisa al cuerpo.
- Tormen. Ni a mí el cuerpo a la camisa.  
Chinda. No, y que como lo dice lo hace. Esta noche duermen ustedes en un solar.
- Tranq. Eso será si yo quiero  
Chinda. Y aunque no quiera.  
Tranq. Habiendo un metro donde no entra el aire.
- Chinda. Pues él dice que no le torear ustés más.  
Tormen. ¿Bueno, y qué hacemos? Si pudiéramos darle una larga.
- Tranq. Pero no oyes que no quiere que le toreen.  
Tormen. ¿Y si le suplicásemos, aunque fuese de rodillas?
- Tranq. Si no admite una larga, ¿Para qué nos vamos a poner de rodillas? A mí se me ocurre soltar a los perros cuando vengaa los del embargo y azuzárselos.
- Tormen. Sí, pero éstos son pequeños. ¡Qué lástima no tener aquí los dos perros policías que vendimos ayer!
- Tranq. Es igual; siendo policías se pondrían de parte del Juzgao.
- Chinda. Ustés tómenlo a broma, pero que ése vuelve con el Alguacil, es viejísimo. (*Apare-*

ce CLEMENTE por el foro vestido con un traje muy cursi comprado en el Aguila; saca una java, guantes amarillos, botines; le sigue un chófer con varios paquetes y un abrigo de entretiempo de don CLEMENTE al brazo.)

Clemen. (Hablando muy redicho) Buenas y Zoológicas.

Tormen. ¡Mi madre! ¡El hombre anuncio!

Clemen. (Al chófer.) Epaminondas, ponga en punto muerto el Fotingue y vuelva a entrar. ¿Son ustedes el matrimonio pajarero dueños de esta *menayerí*?

Tranq. ¿Pero no es Clemente?

Tormen. ¡Y tanto que lo es! Clemente.

Clemen. No tengo el disgusto de conocer a usted.

Tranq. Oye tú.

Clemen. ¿Qué es eso de tú? ¿En que figón hemos comido juntos?; vosotros sois unos mercaderes y yo soy un mosquetero.

Tranq. ¿Tú mosquetero con ese traje?

Clemen. Yo, con este traje; que voy a San Juan de Luz y lo dejo a oscuras.

Tormen. ¿Pero de dónde has sacao esa indumentaria?

Clemen. El traje de la rue de Preciados; el sombrero de la rue de Chevalier de Gracia, y los zapatos de la rue de la Bola.

Tranq. ¿Y la Java?

Clemen. (Jugándola con los dedos.) La java es pa bailar.

Tranq. A ver, repítame todo eso.

Clemen. De repetir algo, te repetiré la java.

Tormen. ¿Bueno, pero qué es lo que quieres?

Clemen. ¿Tenéis cachorros de elefante?

Tranq. De elefante no; pero un trompazo sí que te vas a llevar como sigas tomándome el pelo.

Clemen. ¿Yo el pelo? Yo no soy más que un parroquiano que desea hacer varias adquisiciones de volátiles, caninos y antropoides.

Tranq. Acabemos ya, ¿qué pretendes con esto?

Clemen. Cuidadito con levantarme la voz. A mí hay que tratarme como me merezco, y dar gracias a Dios que no os denuncio por contrabando.

- Tormen. ¿Contrabando nosotros? ¿De qué?  
Clemen. De loros. Sabéis que contagian la *sitacosis* y los vendéis como *si tal cosis*.
- Tormen. Tú, lo que tienes es mucha hiel y vienes aquí a soltarla.  
Clemen. ¿Yo hiel? (*Indignado.*) ¡Maldita sea el agua de Vilajuíga! ¡Ea, todo lo que me habéis hecho pasar en el sanatorio me lo vais a pagar, pero que ahora mismo! Fijarse: (*Saca del bolsillo unas ramas de perejil y se las va echando en las jaulas a los loros.*) Toma, charlatán. Toma, hablador.
- Tranq. ¿Pero qué haces?  
Tormen. ¿Pero eso es perejil?  
Clemen. Perejil pa los loros, y pa los pájaros, fijarse: (*Saca del bolsillo un tirador de goma y perdigones y empieza a tirar a los pájaros.*)
- Tormen. ¡Nos arruina!  
Tranq. ¡Nos deja sin género!  
Clemen. (*Sin dejar de tirar.*) Lo siento por la Sociedad Protectora de Animales.
- Tranq. No nos va a dejar más que los monos.  
Clemen. ¿Los monos? Esperarse, que tengo ahí fuera dos húngaros.
- Tranq. Basta; o te marchas ahora mismo o te doy un puñetazo en la nariz que ties que vender los pañuelos.  
Clemen. Y yo te doy un puntapié que ties que vender las sillas.
- Tranq. Andate con cuidado.  
Clemen. Y tú ándate con ojo.  
Chófe. Y ole.  
Chinda. Mi padre, qué chófer jaleando.  
Tormen. To eso es boca.  
Clemen. ¿Boca? Ahora mismo me quito las gamuzas. (*Por los guantes.*) Y os doy más que a una estera.
- Chófe. ¡Y ole!  
Clemen. Conque prepararse, que empieza el combate.
- Chófe. ¡Y ole!  
Tormen. ¿Pero te has traído el chófer pa la bronca?  
Clemen. Me lo he traído pa el jaleo.  
Tormen. ¡Déjalo! ¡Es el de siempre!

- Clemen. ¿Yo el de siempre? (*Va a agredirla, y a los gritos entran VITERINDO y SINDULFA.*)
- Sindul. ¡Vamos, papá, déjelos que bastante desgracia tienen!
- Viter. Sí; no se trate usted con mala gente.
- Tranq. Oye tú..., abastecedor de sacramentales.
- Tormen. ¡Muerto de hambre!
- Clemen. ¿Muerto de hambre él? Jajay, que me esnucó.
- Viter. Han de saber ustedes que soy el único heredero de mi padre y dueño desde hace unos días de "La única".
- Tranq. ¿Pero tu padre murió?
- Clemen. Y no de "te las lías, compadrito", como tu hermana, que hasta para morir se fué jocosa.
- Tranq. Pues si te ha dejao el fonducho y cien mil duritos.
- Clemen. Limpios de polvo y paja.
- Sindul. Y ahora mi padre vivirá con nosotros y no necesitará nada de ustedes, de ustedes que son unas malas personas que tién que recibir su castigo.
- Clemen. ¡Y que lo digas! Te tengo que ver otra vez vendiendo perros en la puerta del Sol y a ti tabaco y cerillas.
- Tranq. Ese sería tu gusto.
- Tormen. Pero no te saldrás con la tuya. (*Entra Don FRORENCIO seguido de un oficial del Juzgado y un alguacil muy bajito.*)
- Frome. Aquí estoy yo.
- Tranq. ¡La bomba!
- Viter. ¡El del sanatorio!
- Clemen. Bueno, ¿pero usted a qué viene?
- Frome. A llevarme todas las existencias.
- Clemen. ¿Se ha metido usted a coleccionista?
- Frome. Lo que me he metido ha sido con este tramposo, que me firmó unas letras pa cuando le arrabatase a usted la herencia y aun no he cobrao ni un céntimo.
- Clemen. ¡Pues hala!, lléveselo todo; déjelos en la miseria.
- Frome. Ya lo creo que los deajo. (*Al oficial.*) Sién-

tese y vaya haciendo el inventario. (*El oficial se sienta y se dispone a escribir.*)

Clemen. Y que no se le escape a usted ni un mal gorrión.

Frome. Y el dinero del cajón. (*Al alguacil.*) Que le den a usted la llave. (*El alguacil se dirige a TRANQUILINO.*)

Tranq. ¿Pero quién es éste para pedirme la llave?

Clemen. No ves que es el alguacilillo.

Tormen. ¡Maldita sea! ¡Otra vez a dos velas!

Clemen. Y ahora volveréis a mí.

Viter. A nosotros.

Clemen. Y os daré la ropa usada y la sobra de las comidas. No dejéis de ir mañana, que hay almejas y os daré las cáscaras.

Tranq. Y pensar que tó esto que se va a llevar este tío es tuyo.

Clemen. ¿Mío? (*Sugetándole la mano al oficial.*) No escriba usted más o se traga la estilográfica.

Tormen. Tuyo si hubieras sabido contenerte, pero ahora es nuestro.

Clemen. ¿Vuestro? (*Al oficial.*) Síga usted escribiendo: ¿quiere usted una watermann de doble carga.

Frome. Ni de ustedes, ni del señor. Esto es mío y bien mío. Un negocio en el que he perdido sesenta mil plumas.

Tranq. ¡Sesenta mil plumas y se lleva tos los pájaros!

Sindul. (*Aparte a CLEMENTE.*) Padre, usted siempre ha tenido buenos sentimientos. Sálvelos usted.

Viter. Sí, papá; siquiera por los leñazos que me ha dao usted; sálvelos.

Clemen. ¿Vosotros lo queréis? Sea; oiga, don dadivoso.

Frome. Fromencio es mi nombre.

Clemen. ¿Cuánto le deben a usted ese par de tramposos?

Frome. 85.000 pesetas.

Tranq. Qué bestia, aumenta más que una lupa.

Clemen. Y usted cree que adelanta algo llevándose lo que hay en este establecimiento.

Tranq. ¡Hombre, yo!...

Clemen. Qué adelanta usted con llevarse unos

- cuantos perros, ni unos cuantos canarios, ni qué adelanta usted con llevarse un mico.
- Frome. *(Dudando.)* Sí, claro.
- Clemen. Y además, los tiene usted que mantener.
- Frome. Y que eso costará...
- Clemen. A ver, quince pesetas diarias de chocolate para los loros, veinticinco de alpiste para las aves y seis duros de cacahuet para los monos.
- Frome. Bueno, ¿y los pájaros?...
- Clemen. Los pájaros, como no haga usted un arroz con ellos, lo arruinan.
- Sindul. Fíjese bien en lo que dice mi padre.
- Tormen. Y que ha tirao por lo bajo.
- Clemen. En cambio, si les deja usted vivir, yo les voy a dar una idea que dentro de poco van a nadar en oro.
- Frome. ¿Será posible?
- Clemen. Les van a pagar las gallinas a cincuenta duros, no le digo a usted más, es una idea genial.
- Frome. )
- Tormen. ) A ver, a ver.
- Tranq. )
- Frome. Sí; ¿qué idea es ésa?
- Clemen. Cruzar las gallinas con los loros pa que cuando pongan un huevo lo digan.
- Frome. *(En el colmo del entusiasmo.)* ¡Qué bárbaro! Con esa idea no sólo me aguardo, sino que si ustedes quieren, entro en parte en el negocio.
- Tormen. ¡Qué bestia!
- Tranq. ¡Qué bruto!
- Clemen. *(Al oír lo que dicen enarbola la java para pegarles y SINDULFA y VITERINDO lo sujetan. Todos corren formando grupo.)*
- Sindul. No, padre, que son elogios.
- Viter. Que son piropos.
- Clemen. Que son unos sinvergüenzas, cuando yo te lo digo.
- Tomren. ¡Es inútil! Siempre será el mismo.
- Tranq. ¡Genio y figura, hasta el nicho!
- Clemen. Tú lo has dicho.

# OBRAS DE ANTONIO PASO

SOLAS Y EN COLABORACIÓN CON DIFERENTES AUTORES

---

## Entremeses.

¡Todo está muy malo!  
La misa de doce (lírico).  
¡Hule! (lírico).  
El debut de la chica (lírico).  
La pata de gallo.  
Los vecinos.  
El portal de Belén.

## Revistas líricas en uno, dos y tres actos.

Sombras chinescas. (Música de Quinito Valverde).  
Historia Natural. (Maestro Bruce).  
Concurso Universal. (Maestros Lleó y Calleja).  
Los presupuestos de Villapierde. (Maestros Lleó y Calleja).  
El respetable público. (Maestros Lleó y Calleja).  
Por esos mundos. (Maestro Chueca).  
El arte de ser bonita. (Maestros Vives y Giménez).  
La alegre trompetería. (Maestro Lleó).  
El dichoso verano. (Maestro Alonso).  
España nueva. (Maestro Lleó).  
La feria de las hermosas. (Maestros Benlloch y Soriano).  
La tierra de Carmen. (Maestros Luna y Valverde).  
Yo me caso con V. (Maestros Luna y Siles).  
Las maravillosas. (Maestros Soutullo y Vert).  
Las bellezas del mundo. (Maestros Soutullo y Vert).

## Parodias.

Churro Bragas (de Curro Vargas). (Maestro Estellés).

### Zarzuelas y sainetes en un acto.

- La candelada. (Maestro Lope de Rozas).  
El señor Pérez. (Maestro Quinito Valverde).  
El niño de Jerez. (Maestro Zabala).  
El gran Visir. (Maestros Alvarez y Cholons).  
La casa de las comadres. (Maestro Quinito Valverde).  
Los diablos rojos. (Maestro Quinito Valverde).  
Las escopetas. (Maestro Quinito Valverde).  
La Zingara. (Maestro Quinito Valverde).  
La marcha de Cádiz. (Maestros Valverde y Estellés)  
El padre Benito. (Maestro Valverde).  
Los cocineros. (Maestro Valverde).  
Los rancheros. (Maestro Rubio).  
El fin de Rocamble. (Maestro Valverde Q.).  
Las figuras de cera. (Maestro Giménez).  
La alegría de la huerta. (Maestro Chueca).  
El Missisipí. (Maestro Valverde Q.).  
La luna de miel. (Maestro Valverde Q.).  
Las Venecianas. (Maestro Valverde Q.).  
Los niños llorones. (Maestro Valverde Q.).  
El bateo. (Maestro Chueca).  
La corria de toros. (Maestro Chueca).  
El solo de trompa. (Maestro Serrano).  
El cabo López. (Maestro Valverde).  
La Virgen de la Luz. (Maestro Lope).  
El pelotón de los torpes. (Maestro Serrano).  
El pícaro mundo. (Maestro Caballero).  
El trebol. (Maestros Valverde y Serrano).  
La torería. (Maestro Serrano).  
Gloria pura. (Maestros Lleó y Calleja).  
Frou-Frou. (Maestros Lleó y Calleja).  
La reina del couplet. (Maestro Foglietti).  
El ilustre Recochez. (Maestro Lleó).  
El rey del valor. (Maestros Lleó y Calleja).  
La taza de té. (Maestro Lleó).  
Los mosqueteros. (Maestro Lleó).  
La loba. (Maestro Lleó).  
La historia del Laurel. (Maestro Lleó).



Tenorio feminista. (Maestro Lleó).  
Los ojos negros. (Maestro Calleja)  
Mayo florido. (Maestro Lleó).  
La república del amor. (Maestro Lleó).  
La tribu gitana. (Maestro Mariani).  
Los hombres alegres. (Maestro Lleó).  
¡Mea culpa! (Maestro Lleó).  
La partida de la porra. (Maestro Lleó).  
El verbo amar. (Maestros Alonso y Torregrosa).  
El potro salvaje. (Maestros Luna y Valverde).  
Sierra Morena. (Maestro Lleó).  
Las alegres colegialas. (Maestro Lleó).  
La caída de la tarde. (Maestros Soutullo y Vert).  
No te cases, que peligras. (Maestro Monterde).  
Ojo por ojo. (Maestro Luna).  
El apuro de Pura. (Maestro Luna).  
Los ojos con que me miras. (Maestro Luna).

### **Zarzuelas y sainetes en dos actos.**

Baldomero Padrón. (Maestro Alonso).  
La corte de Risalia. (Maestro Luna).  
El asombro de Damasco. (Maestro Luna).  
El niño judío. (Maestro Luna).  
Juanito y su novia. (Maestro Luna).  
Muñecos de trapo. (Maestro Luna).  
Pardro Virondo. (Maestro Luna).  
La garduña. (Maestros Soutullo y Vert).  
Guitarras y bandurrias. (Maestro Soutullo y Vert).  
Las aventuras de Colón. (Maestros Soutullo y Vert).  
La guillotina. (Maestros Soutullo y Vert).  
La luz de Bengala. (Maestro Guerrero).  
Por una mujer. (Maestro Lambert).  
Las mujeres son así. (Maestro Luna).  
El viajante en cueros. (Maestro Rosillo).  
El antojo. (Maestro Luna).  
El ceñidor de Diana. (Maestro Alonso).  
Las campañas de la Gloria. (Maestro Rosillo).

### **Zarzuelas en tres actos.**

La mulata. (Maestros Valverde, Lleó y Calleja).  
La marcha real. (Maestros Vives y Giménez).

El quinto pelao. (Maestro Lleó).  
Los viajes de Gulliver. (Maestros Vives y Giménez).  
Salambó. (Maestro Luna).  
El beso de la gitana. (Maestro Parera).  
Benamor. (Maestro Luna).  
La moza de Campanillas. (Maestro Luna).  
Rosa de fuego. (Maestro Luna).

### Comedias de magia.

La gallina de los huevos de oro. (2 actos).  
El velon de Lucena. (4 actos).  
El cerdo de Avilés. (3 actos).

### Juguets cómicos en un acto.

Alta mar  
El aire.

### Juguets cómicos y comedias en 2 actos

El paraíso.  
La mar salada.  
Mi querido Pepe.  
La gentil Mariana.  
El pobre Rico.  
La bendición de Dios.

### Juguets cómicos y comedias en 3 actos.

El gran tacaño.  
Los perros de presa.  
Genio y figura.  
La alegría de vivir.  
La divina providencia.  
Pasta flora.  
El orgullo de Albacete.  
El Infierno.  
El cabeza de familia.  
La Piqueta.

El tren rápido.  
El río de oro.  
El viaje del rey.  
Nieves de la Sierra.  
El rey del tabaco.  
Los cien mil hijos de San Luis.  
El padre de la patria.  
Los baños de sol  
¡Tío de mi vida!  
Melchor, Gaspar y Baltasar.  
Bataclán.  
Nuestra novia.  
Mimosa.  
Mi marido se aburre.  
El burlador de Medina.  
Las mujeres de Zorrilla.  
Su desconsolada esposa.  
El talento de mi mujer.  
La caída de ojos.  
La pura verdad.  
Mujercita mía.  
Los autores de mis días,  
¡Qué hombre tan simpático!  
Soltero y solo en la vida.  
¡Qué encanto de mujer!  
El anticuario de Antón Martín.  
Los celos me están matando.  
El paseo de Rosales.  
Mi casa.  
Se ondulan señoras.  
Suéltate el pelo, Rosario.  
La chica del conjunto.  
¡Tú serás mío!  
La casa de los Pingos  
La atropellaplatos.  
De la Habana ha venido un barco.  
Noche de cabaret.  
Sixto Sexto.  
Que da V. por el Conde.  
¡Contente Clemente!

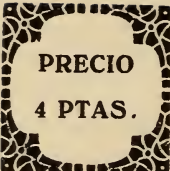
---











PRECIO  
4 PTAS.